

## FELIPE V EN BARCELONA: UN FUTURO SIN FUTURO

### *Philip V in Barcelona: a future without future*

María de los Ángeles PÉREZ SAMPER

Universidad de Barcelona

RESUMEN: La visita de Felipe V a Cataluña desde el 24 de septiembre de 1701 al 8 de abril de 1702 y la expectativa levantada constituye el asunto del presente trabajo. A través de testimonios de la época, se repasa pormenorizadamente la decisión del monarca de viajar al principado de Cataluña, las incidencias de dicho desplazamiento, el recibimiento de que fue objeto en Barcelona, la entrada real y la fiesta, el juramento de las Constitutions de Cataluña realizado por el rey y el juramento del rey por los representantes del Principado, la inauguración de las Cortes catalanas, las discrepancias suscitadas, la boda y otras fiestas y diversiones celebradas durante aquel breve período.

*Palabras Clave:* Felipe V. Cortes. Cataluña. Entrada real. Fiestas.

ABSTRACT: Philip V's visit to Catalonia from 24 September 1701 to 8 April 1702 and the expectations aroused are the subject of this study. Through testimonies of the age, a detailed study is made of the monarch's decision to travel to the Principality of Catalonia, the events of this journey, his reception in Barcelona, the royal entry and celebration, the swearing of the Constitutions of Catalonia by the king and the swearing of the king by the representatives of the Principality, the inauguration of the Catalanian Assembly, the discrepancies that arose, the wedding and other celebrations and entertainments held during that brief period.

*Key words:* Philip V. Assembly. Catalonia. Royal Entry. Celebrations.

1. LA HISTORIA, COMO LA VIDA, SE HACE ENTRE LA EXPERIENCIA Y LA EXPECTATIVA<sup>1</sup>

Cada momento histórico, como cada ser humano, es lo que ha sido y lo que será, también lo que espera ser, aunque no llegue a serlo. Si hay tiempos históricos en que predomina la experiencia y el peso del pasado se impone, otros se construyen fundamentalmente orientados hacia el horizonte del futuro, son momentos de espera, momentos en que todo parece estar a punto de comenzar. Ese tiempo de espera es un tiempo complejo, hasta contradictorio, hecho de esperanzas y temores, de cálculos e incertidumbres, es un tiempo en vilo, que el transcurrir de la historia se encargará de confirmar o desmentir. Uno de esos momentos de expectativa es la visita real de Felipe V a Cataluña desde el 24 de septiembre de 1701 al 8 de abril de 1702. Comenzaba el siglo, comenzaba el reinado de un joven rey, un nuevo monarca de una nueva dinastía. ¿Comenzaba una nueva época histórica?

Cataluña esperaba llena de expectación la primera visita del nuevo rey, una visita real especialmente esperada, pues hacía setenta años, desde la visita de Felipe IV en 1632, de no muy grata memoria, que un soberano de la monarquía española no visitaba el Principado<sup>2</sup>. La visita tan esperada llegó por fin, apenas iniciado el reinado, y no fue breve ni pasajera, pues el monarca residió en Cataluña medio año y en ese tiempo, aunque hubo algunos indicios negativos, hubo también muchos signos positivos, que parecían abrir caminos de esperanza. Especialmente los brillantes festejos auguraban un prometedo futuro. Unos festejos que significaban mucho más que simples ceremonias y celebraciones vacías de sentido, pues la política no sólo pasaba por los cauces estrictamente institucionales, y las fiestas en honor de Felipe V se hallaban cargadas de contenido político. Sólo el transcurrir del tiempo revelaría lo efímero de aquel magnífico espectáculo.

La visita finalizó de manera imprevista. Los planes de visitar los otros reinos de la Corona de Aragón y convocar Cortes se abandonaron, porque la guerra inminente reclamaba la presencia real en los dominios italianos. Y después, al paso de muy poco tiempo, la historia experimentó un giro precipitado, un vuelco total. Todo cambió radicalmente en las relaciones de Felipe V con Cataluña<sup>3</sup>. Gran parte de los catalanes se inclinaron por la causa de Don Carlos. La visita de Felipe V al Principado pareció quedar entre paréntesis, perdida en el pasado. Pero el tiempo nunca se detiene, aunque a veces resulte difícil saber hacia dónde se dirige. La historia teje y desteje su tela. Las expectativas se hacen y se deshacen. Tras la guerra y sus consecuencias, la

1. KOSELLECK, Reinhart: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, 1993.

2. *Vid.* mi artículo «El Rey ausente» en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (ed.): *Monarquía, imperio y pueblos en la España moderna*. Alicante, Universidad de Alicante, 1997, pp. 379-393.

3. ALBAREDA I SALVADÓ, Joaquim: *Els catalans i Felip V. De la conspiració a la revolta (1700-1705)*. Barcelona, 1993.

presencia de Felipe V en tierras catalanas dará la sensación de no haber sido más que un espejismo.

Pero aquellos acontecimientos que se desarrollaron entre el otoño de 1701 y la primavera de 1702 existieron y, aunque aquellas expectativas quedaron truncadas y no llegaron a hacerse realidad, también merecen su lugar en la memoria histórica. La historia no tiene paréntesis, todo tiene siempre su tiempo y su razón. En la historia de Cataluña, la visita real de Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya a Cataluña en 1701-1702 —como después sucedería con la estancia del Archiduque—, fue un momento de futuro sin futuro —hoy lo sabemos, pero entonces no lo sabían. Aquel presente de espera, aunque efímero y engañoso, pues no tuvo la continuación esperada sino una muy distinta, puede resultar revelador de esa historia abierta, todavía por decidir, que la humanidad hace momento a momento y que el historiador puede y debe recordar, porque su obligación es recordarlo todo, también las expectativas, incluso las que no llegaron a hacerse realidad.

## 2. EL VIAJE REAL A CATALUÑA

Apenas hacía unos meses que Felipe V había llegado a España, había atravesado la frontera francesa el 22 de enero de 1701 y había entrado en Madrid el 18 de febrero, cuando en el mes de junio tomó la decisión de viajar a Cataluña. Como tantas veces los motivos se combinaron. El nuevo rey debía hacer todo lo necesario para consolidar el trono recién heredado. Su abuelo Luis XIV le había aconsejado visitar inmediatamente los reinos de la Corona de Aragón para celebrar el preceptivo y recíproco juramento real en las cortes. En la Corona de Castilla, tenida por más dócil, el día 8 de mayo se había realizado en la iglesia de los Jerónimos el juramento y pleito homenaje, pero se había evitado la reunión de cortes, temidas como fuente de potenciales problemas y conflictos, mucho más en circunstancias tan comprometidas, pero en la vida política de Cataluña, Aragón y Valencia, las cortes eran esenciales y resultaba conveniente celebrarlas, aun a costa de los habituales riesgos y dificultades. El Marqués de San Felipe comentaba: «Pidió el principado de Cataluña cortes, y las concedió el Rey, cuando se habían negado a Castilla, cuyos pueblos no son tan arrogantes e insolentes. Para sosegarlos fueron de este dictamen los consejeros que el Rey tenía consigo y el embajador Marcín»<sup>4</sup>.

Cataluña era un reto político ineludible para Felipe V, como nuevo rey de la Monarquía española y como Borbón. Las relaciones del Principado con la Monarquía Española habían atravesado una crisis muy profunda en el siglo anterior y las relaciones con Francia eran asunto muy delicado. El tiempo de

4. BACALLAR y SANNA, Vicente, Marqués de San Felipe: *Comentarios de la Guerra de España e Historia de su rey Felipe V, el Animoso*. Estudio preliminar de Carlos Seco Serrano. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1957, p. 31.

su incorporación a la Monarquía Francesa durante la *Guerra dels Segadors* no había terminado de manera satisfactoria, después las relaciones habían empeorado, por las permanentes rivalidades económicas y por las sucesivas agresiones bélicas. En consecuencia, los catalanes veían con grandes recelos la introducción en la Monarquía española de la dinastía francesa, que situaba al Principado en una posición cercada, situación todavía más preocupante por la orientación claramente absolutista y centralista de la política de Luis XIV. El objetivo prioritario de los Borbones era arraigar la realeza de Felipe V en sus nuevos reinos y parecía imprescindible en los reinos de la Corona de Aragón añadir a los derechos hereditarios la ratificación del pacto constitucional por medio del doble juramento. Felipe V juraría los fueros y privilegios de cada uno de los reinos, los reinos lo jurarían como rey, reconociendo así la legitimidad de la herencia recibida, a través de los derechos de su abuela la infanta María Teresa, casada en 1660 con Luis XIV, y de la designación establecida en el testamento del difunto rey Carlos II. A estas razones políticas de gran peso, se añadió la oportunidad que brindaba la boda de Felipe V con la princesa saboyana María Luisa Gabriela. La etiqueta establecía la norma de que el rey fuese a recibir a su esposa a las fronteras de la Monarquía y como la reina llegaba de Italia, Cataluña fue elegida como destino principal del viaje regio, con preferencia a Aragón y Valencia. El 9 de julio de 1701 una carta real comunicó a la Ciudad de Barcelona la próxima visita de los nuevos soberanos:

«Ilustres, amados y fieles nuestros: Habiendo resuelto ir a recibir a la serenísima señora María Luisa Gabriela, princesa de Saboya, con quien está ajustado mi casamiento, he señalado el día diez y seis de agosto próximo venidero para salir de esta Corte y ejecutar este viaje en derecho a esa ciudad de Barcelona, donde tengo deliberado juntar cortes del Principado de Cataluña a mi arribo en ella, en el convento de San Francisco como es estilo. De que ha parecido avisaros para que lo tengáis entendido y ejecutéis por vuestra parte lo que os tocare, y porque deseo se excusen gastos en la solemnidad de mi entrada en esa Ciudad por la falta de medios con que se halla y ser más de mi real agrado el que los caudales se apliquen a otras más precisas urgencias de la causa común, ha parecido significaros que será de mi real gratitud cuanto ejecutaréis en este particular, como lo fío de vuestro celo y atención a mi real servicio»<sup>5</sup>.

En principio se fijó la fecha del 16 de agosto para iniciar el viaje, pero luego la partida se aplazó unos días para evitar el rigor del estío. Desde que Barcelona conoció la noticia comenzaron los preparativos. Como hacía mucho tiempo que no se recibía la visita del rey, se tuvo que consultar la documentación de las visitas precedentes, pero el plan resultó más complicado de lo previsto, porque no aparecían los documentos correspondientes a las últimas

5. *Manual de Novells Ardits o Dietari del Antich Consell Barceloní*, vol. XXIII, Barcelona, 1970, p. 220. El valor de esta fuente consiste en ser la documentación oficial emanada del Consell de Cent, de manera estrictamente paralela a la visita real de Felipe V a Barcelona.

entradas reales, la de Felipe IV en 1626 y la de Felipe III en 1599<sup>6</sup>. Finalmente se reunió la información necesaria y, siguiendo la tradición establecida, se organizaron las ceremonias y festejos para recibir al nuevo monarca.

Felipe V salió de Madrid con destino a Barcelona el 5 de septiembre. Por Alcalá, Guadalajara, Torija, Algora, Alcolea, Maranchón, Tortuera, Used, Daroca, Cariñena, Muel, fue a Zaragoza, a donde llegó el día 16. En la capital aragonesa el monarca se detuvo brevemente. Los actos más importantes tuvieron lugar el día 17, primero las celebraciones religiosas en la basílica de Nuestra Señora del Pilar, un *Te Deum* y una Misa, después un acto político en la Seo, donde Felipe V hizo el solemne juramento de mantener los fueros del reino de Aragón, como avance de la próxima reunión de cortes, que pensaba convocar a su regreso de Barcelona. Los aragoneses celebraron la presencia real con múltiples festejos. Después de unos pocos días de descanso, el viaje se reemprendió el 20 de septiembre, por Villafranca, Pina, Bujaraloz, Fraga y Lérida, donde juró los privilegios de la ciudad. De allí a Cervera<sup>7</sup>, en que se repitió la misma ceremonia, y a continuación Bellpuig, Igualada, Piera, Martorell y Barcelona. Durante todo el camino el paso del carruaje real atrajo a mucha gente. Las autoridades y el pueblo acudían a contemplar al nuevo soberano y a rendirle homenaje.

### 3. LAS PRIMERAS IMPRESIONES

A medida que el rey se iba acercando a la capital catalana aumentó el número de personalidades que se adelantaban a recibirle y darle la bienvenida. El día 30 de septiembre, a primera hora de la tarde, había Felipe V dejado atrás Sant Feliu de Llobregat cuando se encontró con una nutrida representación de la Universidad de Barcelona, encabezada por el rector y el claustro, todos los doctores con los colores de su Facultad, acompañados por maceros, clarines y chirimías. Siendo el latín el idioma académico por excelencia y dándose el caso de que el latín era después del francés el idioma que mejor conocía el soberano, el rector de la Universidad hizo su salutación de bienvenida en lengua latina, poniendo los estudios de las diversas ciencias al servicio de la Corona y al servicio del Principado. Felipe V dio su mano a besar al rector y a todos los demás miembros del claustro. La bienvenida de la Universidad era especialmente significativa por el conflicto existente por las oposiciones a cátedras. Tomistas y jesuitas se disputaban las plazas. El Consell de Cent,

6. Biblioteca Universitaria de Barcelona (B.U.B.), Mss. 1005-1007 Lumen Domus o Annals del Convent de Sancta Catherina, vol III (ms. 1007), fol. 24. El valor de esta fuente está en que se redactó sobre notas tomadas de manera contemporánea a los acontecimientos y en que no se trata de un documento oficial, sino de una crónica interna del convento de santa Catalina.

7. *Relación verdadera del obsequioso recibimiento que hizo la villa de Cervera por la llegada de S.M. Felipe IV de Aragón y V de Castilla*. Barcelona, Rafael Figueró, 1701, 19 pp.

haciendo uso de sus competencias, convocó las oposiciones, pero el virrey las prohibió, lo que provocó una gran tensión. El Consell de Cent recurrió al rey y Felipe V dio un decreto distribuyendo las cátedras de Artes, tres para los tomistas y tres para los jesuitas, una medida polémica sobre la que no existía consenso en la comunidad universitaria y que tenía trascendencia política por el tema de las competencias institucionales<sup>8</sup>.

El rey prosiguió el camino y en el mesón de Sans cambió el carruaje por un caballo, para mejor ser visto por la concurrencia, dirigiéndose a la ciudad en compañía de los nobles de su séquito y de una escuadra de la guardia de corps. Al poco se produjo el encuentro con el obispo de Barcelona, fr. Benito Sala y Caramany, y el cabildo eclesiástico, intercambiando los oportunos saludos y dando el rey su mano a besar. Más adelante se acercaron los diputados y oidores del General de Cataluña, presididos por el diputado eclesiástico, fr. Antoni de Planella y de Cruilles, abad del monasterio benedictino de Besalú. A un lado, Pere Magarola y de Llupiá y al otro, el doctor Jaume Oliva, diputados militar y real. Detrás, los oidores de cuentas, fr. Rafael de Padellás y de Casamitjana, Pabordre de Palau del monasterio benedictino de Sant Cugat del Vallés, Jaume Eva y de Malla y el doctor en Medicina Pere Martir Cerdá. Iban vestidos de gala, los eclesiásticos con el hábito de la orden benedictina, los seglares con traje de corte negro, como señal de sus cargos llevaban todos una banda de tisú de oro y un pectoral carmesí con un escudo en que se hallaban grabadas las armas de la Diputación. Montaban a caballo, menos los clérigos que iban en mula. Les acompañaba un importante grupo de asesores, oficiales y servidores. «Luego que Su majestad llegó, se apearon todos, y adelantándose el Diputado Eclesiástico, se puso inmediato al estribo del caballo del Rey, y haciendo a su Majestad una profunda reverencia, se puso de rodillas, y lo mismo ejecutaron los demás; y estando en esta forma el Diputado Eclesiástico, hizo a su Majestad en idioma catalán una oración reverente y discreta, manifestando en ella la felicidad de que su Majestad honrase al Principado con la presencia de su Real Persona y expresando lo que aquella provincia deseaba dedicarse a su Real Servicio»<sup>9</sup>.

«Senyor

Los Deputats y Oydors del Principat de Catalunya, ab lo mes humil rendiment, y obsequiosa submissió posats al Reals Peus de V. Mag. pera demostrar lo intim contento que no cap en los intrinsechs zenos de son pit, a consideració

8. ESCARTÍN, Eduard: «Notes sobre la provisió de càtedres cap el 1700 a la Universitat de Barcelona» en *I Simpòsium d'Història de la Universitat de Barcelona*. Barcelona, 1988 y «La función del canciller en la Universidad de Barcelona en el siglo XVII» en *Haciendo Historia. Homenaje al profesor Carlos Seco*. Madrid, 1989, pp. 105-115.

9. UBILLA MEDINA, Antonio de: *Succession de el Rey D. Phelipe V ... en la corona de España; diario de sus viages desde Versalles a Madrid; el que executó para su feliz casamiento*. Madrid, Juan García Infanzón, 1704, 7 hs. + 672 pp. Vid pp. 239-240. El valor de esta fuente radica en ser D. Antonio de Ubilla secretario del despacho universal, hombre de confianza del rey, con conocimiento directo de los acontecimientos, por haber acompañado a Felipe V en su viaje a Cataluña. Valor añadido le concede la fecha de publicación, 1704, anterior, por tanto, a la adhesión de Cataluña a la causa austracista.

de la mercè que experimentan en la honra de haver vingut V. Mag. a afavorir a esta sa Provincia ab sa Real presencia, donant a V. M. lo feliz arribo, y junta-ment las infinitas degudas gracias de tan singular favor, regoneixent no tenir clausulas condecents pera explicarlas, com comprenen, y confessan que deurian; com ni tampoch paraulas, epítetos, ni hipérboles, pera declarar lo apreci, ab que estiman y veneran la Estrella que prosperament benigna los ha con-duhit a la obediencia de un Princep y Senyor de tant soberanas com admira-bles prendas, apreciand sobre sa vida lo vassallatge, que gustosos prestan y juran en las aras de son cor a la Augusta Persona de V. Mag. ahont no sols es lo mes afectuós sacrifici lo de la deguda obediencia, y lo rendiment la mes esti-mable victima de son carinyo: pero encara la fidelitat que professan la exaltan sobre lo mes intim y vital aliento que respiran, anhelant a acrisolarla ab mes extraordinaria perfecció fins a constituirla anima de sas obligacions pera eter-nizarla en lo Real monument de sa fineza.<sup>10</sup>

Como respuesta el rey les dió a besar la mano y, terminado el besama-nos, continuó el camino. Tras la Diputació del General se presentó el Consell de Cent, pasada la Cruz Cubierta. Encabezaban la comitiva los maceros, presi-día el conseller en cap, el Doctor Josep Company, con la vestimenta de su cargo, en damasco carmesí con flores de oro, montado en un caballo enjaeza-do en terciopelo negro. A su lado cuatro caballeros, elegantemente vestidos, con profusión de encajes, montados en caballos enjaezados en azul y plata. Les seguían los demás consellers, Carles Vila y Casamitjana, Geronim Francesc Mascaró y Lluçàs, Miquel Colomer, Sever March y Mathias Ros, todos monta-dos a caballo y revestidos de los ropajes de su cargo, acompañados por los cónsules de la Lonja del Mar, y por último cerraban el cortejo los oficiales municipales. El Conseller en Cap se manifestó ante el Rey en términos muy obsequiosos:

«Senyor

La Ciutat de Barcelona se postra humil als Reals peus de V.M. en protestació de son verdader rendiment, y ab expressió del imponderable jubilo ab que celebra lo feliz arribo de V.M. gloriantse de la ditxa li cap, que V.M. la afavo-resca ab sa Real presencia, y si be est tan rellevant favor, lo te sa innata fideli-

10. *Festivas demostraciones y magestuosos obsequios, con que el muy ilustre y fidelissimo consistorio de los Eputados y Oydores del Principado de Cataluña, celebró la dicha que llegó a lograr, con el deseado arribo y feliz bineneo de sus Católicos Reyes D. Felipe IV de Aragón y V de Castilla, Conde de Barcelona, é. y Doña María Luisa Gabriela de Saboya, que Dios guarde, prospere y en su sucession eternize. Siendo Deputados y Oydores de cuentas los muy Ilustres y Fidelissimos Señores, Don Fr. Antonio de Planella, y de Cruylles, Abad del Real Monsterio de Besalú, del Orden de San Benito; Don Pedro Magarola, y de Llupià; el doctor Iayme Oliva; Fr. Rafael de Padas, y de Casamitjana Pabordre de Palau del Imperial Monasterio de Sant Cugat del Vallés, de la mesma Orden; Don Iayme Eva, y de Malla; y el Doctor en Medicina Pedro Martyr Cerdà. Año 1702. Impresas de orden del muy Ilustre, y Fidelissimo Consistorio, por Rafael Figueró.* Barcelona, 352 pp. + índice, pp. 13-14. El valor de esta fuente radica en que fue encargada y pagada por la Diputació del General, por lo tanto se trata de una versión oficial, institucional, emanada de la institución que encarnaba la representación permanente de Cataluña. Además fue publicada y difundida en la misma época de los acontecimientos.

tat a agigantat aprecio; realçal la circumstancia de la boda que V.M. ab sa Real y amable Esposa, espera en esta Ciutat en breu celebrar; suplicant al Señor resulte desta Real unió, ditxosa successió a esta Monarquía: De las dos tan superiores mercès, que la atenció desta Ciutat eternizará en las aras de sa major veneració, dona a V.M. infinitas gracias, prometentse de ellas sa total felicitat, y espera que la Real Magnificencia de V.M. se dignará per sa benignitat y paternal amor, afavorirla, honrarla, y condecorarla, no sols ab la continuació de las prerrogativas que sa llealtat, y fidelitat se meresqueren dels Reals progenitors de V.M. si ab novas gracias, y honras que V.M. benigne li dispensará, en que fixa la expectació de sa major fortuna, y suplica per prelude de ellas tinga a be V.M. concedirli la de besar sa real ma»<sup>11</sup>.

De nuevo la respuesta real fue dar su mano a besar, sin añadir palabra. Después el Rey continuó la marcha hacia la ciudad, acompañado por los consellers, deteniéndose en el convento de Jesús, donde fijó la fecha de la entrada solemne en Barcelona, para el siguiente domingo, día 2 de octubre, a las dos de la tarde. Tras despedirse de los consellers, recibió la bienvenida de los representantes del Brazo Militar y a continuación se celebró un *Te Deum* en la capilla del convento. A diferencia de lo acostumbrado, como el convento de Valldoncella no se hallaba en condiciones, el rey no se alojó fuera de la ciudad hasta la entrada solemne, sino que entró en coche por el portal de San Antonio, la calle Hospital, la Rambla, la Muralla de Mar, hasta el palacio que había de ser su residencia. Unas salvas de artillería anunciaron su llegada.

Estos encuentros del día 30 de septiembre, especialmente con la Diputación del General y el Consell de Cent, eran la primera toma de contacto del nuevo rey con las autoridades catalanas, representantes del Principado. Tanto en los gestos como en las palabras los catalanes mostraron la máxima consideración hacia el monarca. Los parlamentos institucionales no podían expresar mayor satisfacción por la presencia real tan deseada. Pero esta primera experiencia, aunque muy ceremoniosa no resultó del todo satisfactoria. Las dificultades de comunicación, por problemas de idioma, pues don Felipe sólo hablaba francés, comprendía bastante el latín, poco el castellano y nada el catalán, pero sobre todo, por su carácter extremadamente tímido e inseguro, que le impedía pronunciar palabra, limitándose a dar a besar la mano en silencio, ocasionaron una cierta sorpresa y decepción en los súbditos que le habían manifestado acatamiento. Si el silencio real podía ser decepcionante para cualquier súbdito, mucho más problemático podía resultar para los catalanes, cuyas relaciones con la Corona habían experimentado crisis gravísimas en el siglo anterior. El cronista del convento de santa Catalina anotaba el problema de comunicación entre el rey y las autoridades catalanas. A propósito del rector escribía: «Fonc llatina la oració per temer no entendria lo castellá menos lo catalá, y per saber entenía, y sabía lo llatí idioma, besá la ma à Sa Magd. [...] Y es de advertir que lo Rey Nostre Señor no parlá paraula, encara que allargá

11. *Festivas demostraciones*, pp. 16-17.



la ma peraque lay poguessen besar» Al relatar el encuentro con el obispo, repetía la observación: «doná la benviguda en castellá idioma. No parlá tampoc paraula lo Rey, si allargá la ma, y lay besá lo Bisbe»<sup>12</sup>. Lo mismo decía del Rey al recibir a la Diputació: «tampoc parlá paraula, si solament allargá la má; y es de saber que lo Sr. Diputat Ecclesiastic [...] feu la peroració de la benviguda en catalá segons estil del Consistori, y que sempre perorá agenollat devant del Rey, besá la ma a Sa Magd» Igual sucedió con la salutación del Consell de Cent a Felipe V. La propia documentación municipal comenta la amabilidad del rey: «Sa Magestat, ab apariencias y demostració de molt amor y cariño, li doná la ma a besar». Pero anota su total silencio durante todo el acto: «no parlant may sa magestat paraula»<sup>13</sup>.

Y todavía peor fue ese silencio, pues, como señala el cronista de santa Catalina, todo el mundo esperaba el real permiso para que los consellers se cubrieran, de acuerdo con el privilegio tan celosamente reivindicado por la Ciudad:

«No respongué, ni parlá paraula lo Rey, si allargá la ma, la que tots besaren à Sa Magt, y ab lo mateix silenci del Rey (se esperave de Sa Magt. manaría als concellers, se cobrissen) restaren tots descuberts, y descuberts proseguiren lo camí fins al convent de Jesus de Frares Menors, passant per devant del Portal de St. Antoni. Silenciosos tots, y gelat lo cor dels catalans, a vista de que los concellers anaven descuberts. (...) Arribat lo Rey a Jesus, y havent besat la ma a Sa Magt. lo conceller en cap, se despediren del Rey los concellers, y demés. Silenciós lo Rey en tot y pera tots»<sup>14</sup>.

El testimonio coincide con el de Emmanuel Mas en su diario:

«Causà gran desconsuelo al grandíssim concurs de la gent (...) y a tot lo poble, lo veurer que Sa Magt. no avia fet cubrir als consellers, de tal forma que avent precehit des del Hospitalet ahont era arribada molta gent de ciutat per a veurer al Rey, fins a encontrar los consellers molts crits y alarits de Viva el Rey, Viva España y Viva Felip Quint en continent cessaren, y sols se sentia algun vittor ab molta tibieza»<sup>15</sup>.

El privilegio de cubrirse había generado numerosos conflictos entre el Rey y la Ciudad en el pasado. Anticipándose a su visita a Barcelona, Felipe V tomó

12. Biblioteca Universitaria de Barcelona (B.U.B.), Mss. 1005-1007 Lumen Domus o Annals del Convent de Sancta Catherina, vol III (ms. 1007), fols. 65, 67, 69.

13. *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*. Edición completa del Manuscrito de l'Arxiu Històric de la Ciutat por A. DURÁN I SANPERE y Josep SANABRE, Barcelona, 1930-1947, 2 vols., vol. II, p. 501. Esta fuente, como el *Manual de Novells Ardits*. es una fuente oficial del Consell de Cent.

14. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 73.

15. MAS I SOLDEVILA, Emmanuel: «Diari des del mes de novembre del any 1700 fins lo die 14 de octubre del any 1705». Biblioteca del Seminario Conciliar, Barcelona, Ms. 419. fols. 29-33. El valor de este testimonio radica en ser el diario de un particular, una voz subjetiva, pero de una persona bien informada, testigo directo de los hechos, que recogió en su diario paralelamente a los acontecimientos.

una decisión sutil, reconoció el derecho de los consellers a cubrirse en su presencia, pero sólo después de que el propio monarca les autorizase a ello. Así se respetaba la tradición, pero en lugar de reconocerlo como un derecho, lo hacía dependiente de la voluntad real, manifestada de manera explícita y específica en cada ocasión. Una carta real fechada en Madrid el 3 de septiembre comunicaba al Consell de Cent la decisión regia:

«Teniendo presente que con real privilegio de 10 de febrero de 1690, se sirvió el rey, mi tío (que santa gloria haya) conceder y prometer a esa Ciudad que siempre que sus seis consellers estuviesen en la real presencia, los honraría y los mandaría honrar con la prerrogativa de cubrirse, como lo gozaban en tiempo de los serenísimos reyes mis antecesores, de género que de allí adelante dichos consellers que estuviesen en la real presencia puedan y les sea lícito en todos los actos públicos y particulares estar, sentarse y andar cubiertos, he resuelto advertiros que esta prerrogativa se ha de entender, ordenando yo primero a dichos seis consellers que se cubran, y así lo ejecutaréis en la función de mi real entrada pública de esa Ciudad y en las demás ocasiones que estuviéreis en mi real presencia; que esta es mi voluntad»<sup>16</sup>.

Durante su estancia en Barcelona el rey concedió repetidamente a los consellers el permiso de cubrirse, como recoge la documentación del Consell de Cent. Por ejemplo, en la audiencia real concedida con motivo de la llegada de la reina, Felipe V recibió la felicitación de los consellers por su boda: «Y Sa Magestat, ab demostració de molt carinyo respongué que se cubrissen...»<sup>17</sup> Y también lo señalan otros testimonios de la época: «Merecieron no sólo el real permiso para cubrirse, sino repetidas órdenes para ejecutarlo en las ocasiones que su cortesana modestia o lo difería o lo excusaba»<sup>18</sup>. El cambio, en la práctica, podía considerarse menor, pero también cabía interpretarlo, desde el punto de vista de los principios, como una prueba del absolutismo real, un presagio preocupante de la futura política del nuevo monarca Borbón con respecto a Cataluña.

No faltaron, sin embargo, las multitudes y las aclamaciones en el recibimiento dispensado al soberano, a lo largo del camino y en los alrededores de la ciudad. Los testimonios de la época hablan del «innumerable concurso», de los «esforzados aplausos», del «extraordinario voceo, envuelto en alaridos, con que aclamaba el concurso, *Viva, viva nuestro Rey*»<sup>19</sup>, del «infinito concurso», de

16. *Manual de Novells Ardits*, XXIII, p. 228.

17. *Manual de Novells Ardits*, XXIII, p. 239.

18. *Devotos, obsequiosos cultos, y leales, festivas aclamaciones, con que celebró la Excelentísima Ciudad de Barcelona, la gloriosa translación de Olaguer su santo, y la regia venida de su Católico Monarca Felipe IV en Aragón y V en Castilla, Conde de Barcelona, y su feliz consorcio, con la Serenísima Señora Doña María Luisa Princesa de Saboya*. s.l., s.i, s.a., 264 pp. (faltan algunas páginas del final), p. 101. Es una de las crónicas más detalladas de la estancia de Felipe V en Barcelona, publicada en 1702, muy posiblemente a iniciativa del Consell de Cent, como indica el especial relieve que se da a todo lo relacionado con el gobierno municipal.

19. *Festivas demostraciones*, p. 17.

las «afectuosas universales aclamaciones» y del «acentuoso júbilo de la muchedumbre, que coronaba todo aquel largo lienzo de muralla»<sup>20</sup>. El relato publicado por la Diputació del General resaltaba las aclamaciones hechas al rey cuando nada más llegar a Barcelona salió a saludar al balcón de palacio: «el numeroso concurso que llenaba la espaciosa plaza empezó en alegres y festivas afectuosas aclamaciones a repetir: «Viva, viva nuestro Rey Felipe Quinto [...] y sobre las voces echaban los sombreros al aire»<sup>21</sup> Otra descripción decía: «Salió el Sol bello de nuestro Monarca en un balcón de Palacio, hecho un hermoso Florón de luz, donde por mucho espacio comunicó al Pueblo sus agradables rayos. El concurso de la plaza era tan subido, que sobre ser tan espaciosa, no se advirtió lugar desocupado. Desatose el contento de todo el concurso, con afectuosas aclamaciones del *Viva, Viva*»<sup>22</sup>. Incluso el cronista del convento de santa Catalina, más receloso y reticente, no regateaba al constatar las aclamaciones populares: «En quant al victorejar al Rey, es de saber, que estant los camins, y camps plens de poble desde Sant Feliu, los victors y visca lo Rey de España foren grans, y repetits al passar sa Magd.»<sup>23</sup> Y las aclamaciones continuarían en los siguientes días. Mas en su diario anotaba: «los minyons anassen en seguiment de Sa Magt. ab gran crits de Victor y Visca el Rey».<sup>24</sup> Diferente opinión manifestaría años después Feliu de la Peña, desde su perspectiva como austracista: «Apenas se oían gritos ni voces por las calles, cosa digna de reflexión en tan numeroso Pueblo»<sup>25</sup>.

#### 4. BARCELONA ENGALANADA PARA EL REY

Pero el momento culminante del encuentro del rey con la ciudad había de llegar en la entrada solemne. Barcelona se engalanaba para dar la bienvenida a don Felipe, con ocasión del inicio de su reinado y de su primera visita a la capital catalana. Toda la ciudad se preparó para festejar el acontecimiento y el itinerario que debía recorrer el gran desfile regio se adornó especialmente. El empeño no era sencillo, pues se trataba de agasajar a un príncipe que había nacido en Versalles. El camino de la entrada solemne se iniciaba en el portal de san Antonio, seguía por la calle Hospital, Rambla, plaza de San Fran-

20. *Devotos, obsequiosos cultos*, p. 55.

21. *Festivas demostraciones*, p. 19.

22. *Breve descripción de las festivas demostraciones, que los inclitos comunes, y nobles particulares hizieron a la S.C. y Real Magestad de Felipe Quinto en Castilla, y Quarto en Aragón (que Dios guarde) en la entrada a los campos de Barcelona, día 30 de Septiembre, y en la publica a esta Excelentísima Ciudad, día 2 de Octubre de este presente año 1701*. Barcelona, Rafael Figueró, 4 hs.

23. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 71.

24. MAS, E.: «Diari», fol. 53.

25. FELIU DE LA PEÑA, Narcís: *Anales de Cataluña*. Barcelona, 1709, vol. III, p. 484. La obra es extraordinariamente interesante para el conocimiento de estos años 1701-1702, pero el hecho de haber sido publicada después del cambio de 1705 debe ser tenido en cuenta.

cisco, calles Ample, Cambis, iglesia de Santa María del Mar, plaza del Born, calle Montcada, Bòria, Llibreteria, palacio de la Diputació, palacio episcopal, para terminar en la catedral. Las casas estaban adornadas con tapices y colgaduras, muchas fachadas estaban cubiertas con grandes decorados y se habían levantado arquitecturas efímeras, pirámides y arcos de triunfo. La fisonomía urbana se había transformado para la ocasión. Las pinturas y los poemas incluidos en las ornamentaciones servían a la vez de adorno y de instrumento de difusión de los mensajes políticos intercambiados entre la ciudad y el rey, entre el poder y la sociedad. A través del arte y la literatura, mediante el lenguaje de los símbolos, los catalanes se comunicaban con el poder real, glorificaban al monarca y le transmitían las expectativas creadas por su visita.

La fiesta trataba de conjugar tradición y modernidad. El ritual de la entrada regia procedía de la época medieval, pero la decoración respondía en cada ocasión al estilo de la época. Tanto desde el punto de vista artístico como literario, los festejos barceloneses seguían la tradición catalana, pero trataban también de reflejar a escala menor el modelo versallesco. Referencia ineludible del arte cortesano de la época, al prestigio cultural del Gran Siglo se unía la oportunidad del origen francés del nuevo rey, nieto de Luis XIV, un Borbón nacido y criado en Versalles. Al menos en algunos aspectos la emulación resultaba evidente, como en el uso continuo del tema solar, un tema común en el simbolismo político, pero especialmente vinculado al «Rey Sol». En los festejos barceloneses de 1701-1702 fue muy frecuente el recurso al sol como símbolo de la realeza en general y de Felipe V en particular. El resultado quedaba en Barcelona muy lejos del modelo original de Versalles.<sup>26</sup> Pero la valoración cambia desde la perspectiva catalana. En comparación con otras visitas reales, las fiestas barcelonesas en honor del primer Borbón fueron muy espléndidas<sup>27</sup>. Instituciones y particulares contribuyeron al esplendor de los festejos. Para animar la colaboración ciudadana en los adornos, el Ayuntamiento creó tres premios para las fachadas mejor decoradas, de 30, 20 y 10 libras. La cantidad y calidad de los adornos, su elevado costo y el gran esfuerzo realizado son una buena prueba del interés con que Barcelona y Cataluña esperaban la visita de Felipe V.

Entre los numerosos monumentos dedicados a la ocasión destacaban varios. En primer término la decoración de la pirámide de la patrona de Barcelona, santa Eulalia, en la plaza del Padró, que conmemoraba el lugar en que la santa había padecido el martirio, realizada por el gremio de plateros. En la base cuatro pinturas representaban episodios legendarios de la historia de Cataluña, el Conde de Barcelona matando al dragón que devoraba a sus vasallos, el Emperador marcando con la sangre de las heridas de Guifré el Pelós las

26. BOTTINEAU, Yves: *El arte cortesano en la España de Felipe V (1700-1746)*. Madrid, Fundación universitaria española, 1986, p. 320.

27. *Vid.* mi artículo «Les festes reials a la Catalunya del Barroc», en *El barroc català*. Barcelona, Quaderns Crema, 1989, pp. 345-377.

cuatro barras sobre el escudo, el Conde de Barcelona defendiendo a la Emperatriz de sus calumniadores y los catalanes defendiendo la basílica de San Juan de Letrán durante el saco de Roma. Más arriba el retrato de Felipe V y tres retratos de santos catalanes, san Dámaso, papa, y san Severo y san Olaguer, obispos. Por encima, más santos, dos hombres, san Fileto y san Paciano, y dos mujeres, santa Madrona y santa Maria del Socòs. Más arriba cuatro escenas del martirio de la patrona. Junto al remate de la pirámide, a los pies de la estatua de santa Eulalia, un globo en el que se hallaban las armas del gremio de plateros. La estatua de la santa, de mármol blanco, se adornó en la corona, la cruz y la palma del martirio con diamantes, esmeraldas, perlas y otras ricas joyas propiedad del gremio. El fondo del conjunto era dorado y se hallaba decorado con ramos plateados de laurel, olivo y palma, cuyo designio era, según el folleto de la Diputació, «significar los triunfos y victorias que prometía la Santa a nuestro Católico Monarca»<sup>28</sup>. La pirámide estaba iluminada con cien hachas. Resulta bien expresiva la asociación de la monarquía, encarnada en Felipe V, con la religión, representada en los santos, y con la historia de Cataluña.

En la calle del Hospital había muchas casas adornadas con frontispicios. La decoración de la casa de D. Francisco Tovar, que obtuvo el tercer premio —10 libras—, tenía como base los colores catalanes, rojo y amarillo, en medio un gran tapiz bordado en seda con motivos de flores y pájaros, a un lado la Virgen del Pilar y a otro Santiago expulsando a los moros de España. La casa de José Orta, sastre, situada frente al Hospital de la Santa Cruz, estaba adornada con ricas colgaduras y espejos venecianos, siendo el motivo central un retrato del rey y un jeroglífico en el que figuraba un sol —el monarca— que derramaba sus rayos sobre un murciélago —la ciudad de Barcelona—, con un verso titulado «Al nuevo sol, y más plausible héroe de los quintos», situando a Felipe V junto al papa san Pío V, Fernando V, —Fernando el Católico— y el Emperador Carlos V. Esta fachada mereció el segundo premio, de 20 libras.

En el Portal de la Boquería se encargó de hacer un adorno el gremio de mercaderes de lienzos. Al pie se fingió un jardín de mirtos. La arquitectura consistía en tres pilastras decoradas con trofeos de guerra, sobre ellas una cornisa con seis escenas pintadas, que simbolizaban el gran amor de los catalanes hacia sus reyes: El conseller Joan de Fivaller lamiendo las llagas del rey Fernando I; Ramón de Perellós, Vizconde de Perellós y Roda, bajando al purgatorio para ver el alma de su rey, Juan I; Guifré, herido luchando al servicio del Emperador y recompensado con el escudo de las cuatro barras de sangre sobre oro; los catalanes que lucharon por el rey Alfonso en la conquista de Nápoles, premiados con las puertas de la ciudad italiana entregadas al conseller en cap de Barcelona; Joan Blanca, jurado en cap de Perpinyá, negándose a rendir la fortaleza y entregando su puñal para sacrificar a su hijo, hecho

28. *Festivas demostraciones*, p. 29.

prisionero por los enemigos; el Conde Berenguer III defendiendo en la palestra a la Emperatriz Matilde, esposa de Enrique V, de las falsas acusaciones lanzadas contra ella. Rematando la arquitectura una balaustrada, donde seis poemas glosaban la unión de Felipe V y Cataluña. Y coronando el conjunto dos altos estandartes en los extremos, uno con san Julián, patrón del gremio, y otro con la cruz de santa Eulalia, patrona de la ciudad, y en el centro una dedicatoria: «*A la S.C.Y R.M. de Phelip Quart, en lo fausto dia de sa alegre Entrada en Barcelona, lo Gremi dels Mercers Botiguers de Telas desta Excelentissima y fidelissima Ciutat, en demonstració obsequiosa, quant expressiu afecte de son contento, esta vistosa Portalada del Portal de la Bocaria. D.O.C.V*» Sobre la tarja dedicatoria un gran retrato de Felipe V:

«Su Majestad a caballo, con traje de Soberano Marte, armado de punta en blanco. Tenía el brioso bruto los dos pies de delante levantados, y con los de detrás pisaba el globo del mundo, que le tenían dos feroces leones, cada uno por su lado. Al aire de la misma pintura junto al real retrato se veían dos ángeles de la guarda vivamente pintados, y sobre ellos al mismo aire volaban dos famas, que con una mano ofrecían dos coronas a Su Majestad, una de laurel, y otra de palma; y con la otra mano tenía cada una de ellas su sonora trompa. En medio del aplauso común que manifestaba la pintura en lo duplicado de la Fama, se veía un sol, que con sus copiosos rayos servía como de corona al mismo retrato de Su Majestad. Brotaban sobre este cuadro unas armas reales...»<sup>29</sup>.

En la Rambla todos los edificios se hallaban adornados. Las tropas que habían de cubrir la carrera, como manifestación del poder militar, contribuirían también con sus vistosos uniformes a la espectacularidad del ambiente festivo. En el portal «dels Escudellers», que se hallaba frente a la casa de Comedias, se colocó otra decoración arquitectónica con un ambicioso proyecto que no pudo realizarse adecuadamente porque los gremios encargados no llegaron a ponerse de acuerdo. Sólo dio tiempo a colocar algunas figuras, las armas reales, coronadas por una fama con su trompa y dos virtudes, y a los lados las armas de la ciudad y las de Santiago. Espléndido era, en cambio, el arco de triunfo erigido por la Diputació del General, al final de la Rambla, junto a las Atarazanas. La arquitectura imitaba el lapislázuli y las esculturas el bronce. En la base se hallaban a una parte las armas reales y a otra las armas de la Diputació, cada una de ellas con un jeroglífico, uno simbolizando a la monarquía, otro a Cataluña. Por encima dos figuras, una representaba a Hércules, fundador legendario de Barcelona, la otra a Amílcar, que engrandeció la ciudad. En medio de la cornisa superior, decorada con trofeos de guerra, pintado en vivos colores se hallaba «un parecido y bello retrato de su Majestad, vestido a toda gala, y que con sus reales plantas, con mucha viveza, y soberano brío pisaba la envidia, la fortuna y el tiempo»<sup>30</sup>. Encima una inscripción en latín dedicada a Felipe V y coronando el arco una figura de San Jorge, patrón de Cataluña,

29. *Festivas demostraciones*, p. 40.

30. *Festivas demostraciones*, p. 47.

atravesando con su lanza al dragón. Completaban el conjunto estatuas alegóricas de la religión, la justicia, la felicidad pública, la esperanza pública, la liberalidad, la eternidad, el príncipe de juventud y el oriente augusto.

La plaza de San Francisco, donde tenía lugar el acto fundamental de la entrada regia, el juramento por el rey de los privilegios de la ciudad y el besamanos de los consellers, se hallaba adornada con colgaduras y retratos de los reyes y reinas que habían precedido en el trono a Felipe V, y se había construido, delante de la fachada de la casa del Conde de la Rosa —que había sido del duque de Cardona—, un tablado para la ceremonia, decorado en los colores catalanes, rojo y amarillo, rodeado por una balaustrada en azul y plata, con bancos para los consellers, en medio se levantaba un estrado, cubierto por un dosel y allí estaba situado el sillón, adornado en oro y plata, para el rey. Otros tablados y gradas estaban reservadas a los músicos y a los invitados principales.

El itinerario seguía por la calle Ample, cuyas fachadas se hallaban todas adornadas, culminando la ornamentación en una arquitectura levantada en la bocacalle de los Agullers, obra de tres gremios, «capsers», «esparters» y «torners». Aunque no destacaba por su tamaño, llamaba la atención por su iluminación. El tema era como siempre la alabanza de la Corona, figurando las armas reales, un retrato del soberano y un globo iluminado simbolizando al sol y a la realeza. Más original era el entorno, figurando una ciudad fortificada, rodeada de un jardín, con ramos de vid y racimos de uva. Del follaje echarían a volar bandadas de pájaros al pasar el rey.

Después seguiría la comitiva por la calle de los Cambios, la iglesia de Santa María del Mar y la plaza del Borne, donde levantó un monumento el gremio de vidrieros, consistente en veinte gradas y en lo alto un aparador, todo adornado de hermosos objetos de vidrio y de espejo, coronado el conjunto por penachos de garzotas. El adorno de las calles seguía por la de Montcada, que, según decía el cronista «como se compone de casas de caballeros y personas de porte, la adornaron toda con suma gravedad y señorío»<sup>31</sup>. En el extremo de la calle, delante de la capilla de Marcús, se levantó una arquitectura de tres arcos, obra de otros dos gremios, «velluters» y «velers». Como siempre la decoración se dedicaba al elogio de la realeza, con las armas reales y el retrato de Felipe V. Sobre el centro de los arcos colocaron una pirámide acabada en un globo que representaba el mundo, iluminado por un sol dorado. El adorno continuaba por la calle de Corders, la plazulela de la Llana, la calle de la Boria y la plaza del Angel, donde se hallaba la pirámide coronada por un ángel, señalando a la imagen de santa Eulalia, situada en la antigua puerta de la bajada de la cárcel, en conmemoración de un milagro de la santa, ocurrido durante la traslación de su cuerpo, que quedó inmovilizado hasta que un devoto devolvió el dedo que se había apropiado como reliquia. La pirámi-

31. *Festivas demostraciones*, p. 62.

de del Ángel fue adornada a cargo del gremio de los sastres, que tenían la casa de la cofradía justo delante del monumento. En la pirámide el tema eran las virtudes, la fe, la esperanza, la caridad y la justicia, y la decoración consistía en flores y velas. La fachada de la sede gremial asemejaba un gran altar en cuyo centro se hallaba un retrato del monarca, rodeado de versos en latín, castellano y catalán, que se leían de diversas formas, según los dibujos que componían. Esta ornamentación de la casa gremial de los sastres obtuvo el primer premio, de 30 libras. El adorno de la imagen de santa Eulalia se encargó al gremio de «corders».

Continuaba el itinerario por la calle de la Llibreteria, decorada por los libreros, a base de globos, linternas, faroles y plumas, que flotaban en el aire, todos iluminados. En mitad de la calle se erigió un arco triunfal representando un castillo, por cuyas puertas un juego de luces proyectaba sombras de figuras. Los adornos llegaban hasta la plaza de San Jaime. Las fachadas de la sede de la Diputació se decoraron con tapices que representaban diversos temas, destacando los dedicados a la historia de Noé, y en algunas partes se pintaron las paredes simulando puertas. La catedral también se decoró con tapicerías flamencas y a las torres les pusieron luminarias. En el palacio episcopal, lleno de colgaduras de colores, destacaba encima de la puerta principal un gran dosel de damasco carmesí con franjas doradas, sobre el que estaba colocado el retrato del rey.

Muy adornada estaba también la plaza de palacio, donde se alojaba el monarca durante su estancia en Barcelona. Frente al palacio destacaba la rica decoración del frontispicio de la Lonja del Mar, adornado de colgaduras, sobre el portal un dosel enmarcaba un retrato del monarca y en las esquinas cuatro grandes estandartes con las armas reales. Del portal de san Antonio a la catedral el itinerario de la entrada real recorría las calles, plazas y monumentos principales de la ciudad, tanto civiles como religiosos. Barcelona, transformada y revestida de esplendor, se presentaba ante su rey y señor. A lo largo de todo el recorrido el mensaje se repetía incesantemente uniendo al rey con la ciudad, celebrando su encuentro, simbolizado en la ceremonia de la entrada real, asociando a Felipe V con Barcelona y con Cataluña, manifestando, en definitiva, todas las expectativas surgidas en torno a la toma de contacto entre el poder encarnado por el monarca y la sociedad representada por sus autoridades y por el numeroso público que acudía a contemplar y aclamar al nuevo rey.

## 5. LA ENTRADA REAL

El domingo 2 de octubre tuvo lugar la entrada pública y solemne del rey en la ciudad, siguiendo la tradición que venía de la edad media y que se había mantenido en tiempos de los Reyes Católicos y de los Austrias. Felipe V, que se hallaba ya en la ciudad, salió de palacio y en carroza se dirigió a las murallas, a la puerta de san Antonio, donde era costumbre iniciar la ceremonia. Todo con demasiadas prisas para el gusto del Consell de Cent: «...vingué sa



magestat ab molta pressa ab un cotxe y ab molta companya de senyors y cotxes, y apenas fou passat tingueren los senyors concellers noticia que sa magestat ya era a cavall, y que estava esperant entremitg del rastrillo del empedrat del portal de Sant Antoni y lo cubert de la volta...»<sup>32</sup>.

En el portal de san Antonio se produjo una pequeña alteración del ritual, pero significativa de los cambios que se estaban produciendo. Las llaves de la ciudad, en lugar de serle ofrecidas por la Ciudad, le fueron entregadas al monarca por el Gobernador de la Plaza. El cambio no fue fruto de la improvisación, sino perfectamente calculado y ordenado por el soberano. Todavía se hallaba en Madrid cuando el 3 de septiembre había enviado una carta a la ciudad, dando instrucciones sobre este punto del ritual:

«Tengo entendido que entre las demás cerimonias que antes del año 1657 ejecutaba esa Ciudad en las entradas públicas en ella de los serenísimos reyes, mis predecesores, era la de haber en el portal de San Antonio una granada, que abriéndose se descubría en el centro de ella un escolanete con las llaves de la Ciudad en la mano, las cuales presentaba a sus majestades, quienes las volvía al conseller en cap; y porque desde dicho año corre (como sabéis) al cuidado del gobernador de esa plaza la custodia de las puertas y llaves de ella, he resuelto ordenar y mandaros (como lo hago) que no dispongáis dicha ceremonia, pues ha cesado el motivo porque se ejecutaba»<sup>33</sup>.

En consecuencia fue Don Juan Abarca, conde de la Rosa, Gobernador de Barcelona el encargado de entregar las llaves de la ciudad al monarca, que se las devolvió diciéndole: «ciudad de ellas con igual vigilancia que hasta aquí»<sup>34</sup>. El cronista de santa Catalina comentaba con disgusto el cambio:

«Nota que la ceremonia antiga del donar las claus lo conceller cap als reys que entrat havian com a Comptes de Barcelona no se ha feta, per lo que si antes la ciutat era qui cuydave dellas, no sen cuyda ara per esser la guarnició y guardas dels portals soldadesca del Rey, no de Patricios com de antes; axí que las claus estan en ma y poder dels Gobernadors de la Plaça, no en poder de la Ciutat»<sup>35</sup>.

Concluido el acto de entrega de las llaves, el rey, que iba espléndidamente vestido con un traje de gala, recamado en oro, montó a caballo. Inmediatamente se le unieron los consellers de Barcelona, que habían venido desde la casa de la ciudad para recibirle en la puerta de la ciudad y acompañarle en su entrada solemne. El *Llibre de les Solemnitats de Barcelona* narra la bienvenida del Consell de Cent a Felipe V : «Y luego li doná dit senyor conceller las gracias de la mercé feya a esta ciutat ab sa real presencia ab moltas altrás

32. *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, III, p. 501.

33. *Manual de Novells Ardits*, XXIII, p. 227.

34. *Devotos obsequiosos cultos*, p. 59 y *Festivas demonstraciones*, p. 21.

35. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 83.

vivas y ponderables rahons, que's dexan a la ponderació del lector, al que respongué sa magestat: «cubríos concellers» y encontinent se cubriren ab gran vozeria de «victor» y «visque nostre rey de Espanya», que deya y feu lo poble».<sup>36</sup> El folleto publicado a instancias de la Diputació hacía grandes alabanzas del hecho: «Cuando llegó la deseada y honorífica noticia de que Su Majestad había mandado cubrir los Excelentísimos Consellers, y fue lo mismo que inundarse Barcelona en un alborozado y festivo seno de alegría, naufragando la ternura entre el contento y la gratitud, pues no sabían sus moradores cómo aplaudir y apreciar a un Príncipe, que con tan generosa grandeza les favorecía y honraba; confundíanse las calles y plazas en amorosas aclamaciones y sólo se oían en ellas los continuos y esforzados ecos de Viva nuestro gran Monarca, viva nuestro adorado Dueño, viva nuestro Felipe Quinto»<sup>37</sup>. También el cronista de santa Catalina coincide en este punto: «... se cubriren amb molta alegría de tots, lo que publicaren los victors y viva Felip Rey de España»<sup>38</sup>. En esta ocasión Felipe V ordenó a los consellers cubrirse, dando así satisfacción a sus reclamaciones. El indicio resulta bien revelador, en el primer encuentro el rey no se manifestó y los consellers no se cubrieron, en el segundo el rey lo autorizó y los consellers se cubrieron, del reconocimiento de un derecho se había pasado a depender de la voluntad real, eso era absolutismo.

Inmediatamente el conseller en cap, el Doctor D. Josep Company, y D. Francesc Sans y de Puig, tomaron de unas bandejas doradas dos largos cordones, carmesí y oro, que salían de las riendas del caballo montado por el rey, símbolo que, según el cronista, «alude al recíproco vínculo de amor y lealtad entre sus Augustos Católicos monarcas y esta Excelentísima Ciudad de Barcelona».<sup>39</sup> Los cordones eran portados por el conseller en cap y veinticuatro miembros más del consell de cent elegidos para la ocasión, doce a cada lado. A la derecha, presidiendo, D. Josep Company, conseller en cap, y a continuación D. Onofre Monsalvó, ciudadano honrado, Baltasar de Riba, donzell, D. Raymond Copons del Llor, Felix Boneu, ciudadano honrado, Joan Magí Barreira, ciudadano honrado, D. Francesc Molines y Casadevall, D. Joan Claresvalls y de Llucià, Barón de Lloràc, cónsul de la Lonja, Josep Güell, notario, Joan Vilardaga, boticario, Pere Torner, cirujano, Cristobal Llopis, confitero, Jaume Martí, cerero. A la izquierda, el ya citado D. Francesc Sans y de Puig, y a continuación, Josep Galvany, mercader y cónsul de la Lonja, Francesc Vidal, mercader, Geronim Servero, mercader, Onofre Sidòs, mercader racional, Josep Aparici, mercader, Josep Rodoreda, mercader, Jaume Vives, talabartero, Raymond Sala, tintorero, Joan Camps, alfarero<sup>40</sup>. Vestían los miembros del consell trajes de corte, adornados con abundancia de encajes negros.

36. *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, III, p. 501.

37. *Festivas demostraciones*, p. 24.

38. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 83.

39. *Devotos obsequiosos cultos*, p. 60.

40. *Devotos obsequiosos cultos*, pp. 60-61.

En la cercana iglesia de san Antonio tomaron los cinco consellers, vestidos con las gramallas de color carmesí con flores y labores en oro, propias de su dignidad, más un sexto personaje, un prohóm, Antonio Moxiga y Ginebreda, ciudadano honrado, las seis varas del palio, de tela de oro, bajo el que el rey haría su entrada solemne en la ciudad. Se organizó entonces la comitiva. Delante iban los timbales, clarines y chirimías, vestidos con cotas de damasco carmesí, galonadas de amarillo, seguía la compañía de reales guardias de Cataluña, compuesta por cien caballos y dirigida por su capitán, D. Antoni de Oms y de Santa Pau, y su capitán teniente, D. Antoni de Lanuza y Oms. Después, cuatro trompetas del rey, abriendo paso a los Grandes de España, de los cuales unos habían acompañado al monarca en su viaje y otros se le habían unido en Cataluña, el duque de Osuna, el duque de Sessa, el marqués de Quintana, el marqués de Aytona, el conde de Santisteban, el conde de Palma —Virrey de Cataluña—, después seguían los oficiales de la ciudad, inmediatamente delante del rey, en medio de los dos ramales del cordón, iba el duque de Medina-Sidonia, Caballerizo Mayor, que portaba desenvainado y enhiesto el real estoque, signo de jurisdicción y mando. Bajo palio y rodeado de los consellers, ricamente vestido, marchaba el rey a caballo. Al estribo real iba Don García de Guzmán, el primer caballerizo. Para cerrar la comitiva desfilaban los demás caballerizos y pajes del real servicio y las guardias de corps, las guardias españolas y alemanas.

La procesión real y cívica fue desfilando por las calles engalanadas y llenas de público, atraído por el espectacular acontecimiento. Avanzaban lentamente, para ver y ser vistos. Pero a diferencia de lo acostumbrado, en esta ocasión la marcha fue más rápida, acortando la duración del desfile. Delante del hospital, siguiendo la tradición, los niños abandonados y los enfermos mentales ocupaban una tribuna, sumándose al recibimiento. Simbólicamente los «inocentes» quedaban asociados a la bienvenida dispensada por toda la sociedad barcelonesa, desde las autoridades del Consell de Cent al pueblo llano, representado tanto por la colaboración gremial como por el público asistente. Significativa fue la presencia de soldados cubriendo la carrera. El cronista de santa Catalina lo destacaba negativamente: «Es de notar que en la Rambla estigué affilarada la soldadesca, axí de infanteria, com de a cavall, per tot lo destricte per hont agué de passar lo Rey»<sup>41</sup>.

En la plaza de san Francisco la comitiva se detuvo para celebrar el acto central de la ceremonia, el doble juramento entre el rey y la ciudad. La plaza estaba repleta de público. Los personajes de mayor categoría contemplaban el espectáculo desde gradas y tribunas, un grupo de damas principales desde los balcones de la casa del conde de Santa Coloma, en uno de ellos se hallaba la marquesa de Aytona, cuya presencia sería saludada cortesmente por el rey quitándose el sombrero<sup>42</sup>. Los frailes del convento de san Francisco se asomaban

41. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 83.

42. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 86.

a las ventanas y terrazas del edificio. Las gentes sencillas llenaban el lugar hasta el punto de dificultar la entrada de la comitiva, por lo que la Compañía de guardias tuvo que despejar la plaza. El Rey ocupó el estrado, acompañado del duque de Medina-Sidonia, cubierto, siempre con la espada en la mano. También subieron con él los consellers y gran parte de los oficiales municipales. Felipe V tomó asiento en el sillón que le estaba reservado, acto seguido mandó sentarse y cubrirse a los consellers, cosa que hicieron, aunque con algunas dudas y vacilaciones<sup>43</sup>.

Entonces se procedió al juramento. Del convento de san Francisco el padre guardián y los frailes sacaron en procesión una reliquia del *lignum crucis*, que se depositó sobre un misal abierto, encima de unos almohadones. Se acercó también el protonotario del consejo de Aragón, D. José de Villanueva Fernández de Yxar, que leyó la fórmula, en catalán, por la que el rey juraba confirmar todas las libertades y privilegios de la Ciudad de Barcelona. El rey, de rodillas, en una mano el estoque, puso la otra mano sobre la Vera Cruz y el misal y respondió: «Así lo juro». Acto seguido el conseller en cap besó la mano del rey en señal de acatamiento y dijo unas breves palabras de agradecimiento y lealtad. En esta ocasión Felipe V rompió su habitual mutismo para contestar «lo agradezco». Después el conseller en cap volvió a besar la mano del monarca y lo mismo hicieron los demás consellers y obreros, incluídos los cónsules de la Lonja, aunque en principio no estaba previsto: «volgueren anar per forsa los consols de la Llotja, encara que no y tinguessen lloch, com en efecte anaren a fer dit besament de ma»<sup>44</sup>.

A continuación la costumbre establecía que en la misma plaza se celebrase el gran desfile gremial ante el rey. Pero en esta ocasión, ya fuese por desconocimiento o por impaciencia ante la larga duración de la ceremonia, Felipe V montó a caballo y prosiguió el camino antes que llegaran los gremios, eliminando así del ritual el elemento más popular del festejo: «Y per quant dita entrada era estada molt prest, no forent tant promptas las banderas que sa magestat no se alçás y pujés a cavall, y prenent dits senyors concellers lo talem, posant sa magestat sota de ell, prengueren la via per lo carrer Ample, Canvis, Born, carrer de Montcada, Boria»<sup>45</sup>. El desconcierto de todos ante el cambio y la decepción y el disgusto de los gremios fue grande al no poder desfilar ante el monarca. El cronista de santa Catalina recoge la desatención real:

«Fet lo jurament digué lo Rey volentse alçar de la cadira: falta ahora algo más: se li respongué: falta ahora que los concellers bezen la mano a Vuestra Magestat, y que las Cofradías lleguen, lo que no fonch servit esperar (...). Que les confraries que anaven venint, y algunas de ellas ab las invencions que havian

43. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 85.

44. *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, III, p. 502.

45. *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, III, pp. 502-503.

fet, no pogueren fer los obsequis y reverencias en la Plaça y devant del catafal per haversen anat de allí lo Rey: y que las feren com pogueren per encontrades del Rey en los carres<sup>46</sup>.

También fue significativo el desconocimiento que manifestó Felipe V ante otra de las tradiciones de la entrada real. Al llegar la comitiva a la cárcel real —la cárcel del «veguer»—, era costumbre que los presos suplicaran misericordia al rey y éste les concediera el perdón a los que no tenían instancia de parte. El perdón real era signo de poder y de clemencia, celebración del inicio de un nuevo reinado. La crónica del *Llibre de Solemnitats* recoge el pequeño incidente:

«Y antes de arribar a la presó cridaren amb grans crits los presos de las carcens reals, y sa magestat se girá al canceller en cap dient-li: «qué es esta vocería?. Y dit senyor canceller en cap, llevant-se lo sombrero, respongué: «son los encarcelados que piden a vuestra majestad sea servido darles libertad». Al que respongué sa magestat: «tendrán instancia de parte». Al que respongué, llevant-se lo sombrero altre vegade, lo senyor canceller a sa magestat: «buen remedio, senyor; puede vuestra majestad, teniendo gusto, libentar a los que no la tienen» y respongué sa magestat: «está bien», continuant dit senyor canceller en dir-li: «pues, senyor, vuestra majestad se habría de servir dar la orden». Y respongué un escuder o palafraner de peu —D. García de Guzmán— que li anava contra lo cavall: «pues señor, si gusta vuestra majestad, participaré la real orden a don Antonio de Ubilla» (que es lo secretari del despaix universal) y respongué sa magestat: «bien»<sup>47</sup>.

Según informa el cronista de santa Catalina en los días siguientes obtuvieron la libertad veinticuatro prisioneros<sup>48</sup>.

La comitiva se detuvo ante el palacio episcopal, donde el obispo Fr. Benito Sala, revestido de pontifical, estaba esperando al rey, acompañado del cabildo. El rey descendió del caballo delante de la catedral y se arrodilló para adorar el *lignum crucis*. El rey y el obispo entraron juntos, en procesión, bajo palio, en el templo, seguidos del duque de Medina-Sidonia y del conseller en cap. Ante el altar mayor juró el rey, de rodillas, defender la fe y conservar los privilegios de la Iglesia. Después se cantó un *Te Deum* y el rey recibió la bendición del obispo. Acto seguido bajaron a la cripta donde reposan los restos de santa Eulalia, para orar ante la patrona de Barcelona.

Terminado el acto religioso en la catedral, se volvió a formar la comitiva real y se dirigieron a palacio, donde se alojaba el monarca. El fin de la ceremonia se celebró con una gran salva de artillería de la plaza y castillo de Montjuic. Tan cansado estaba Don Felipe que se retiró a sus aposentos sin despedirse de los consellers, que esperaron hasta tener la ocasión de besar su

46. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 86.

47. *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, III, p. 503.

48. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 87.

mano: «Cuando en atención de las sucesivas fatigas del día, se dispensó en lo ritual de despedirse los Consellers al pie de la escalera, en cuya consideración, acompañando a Felipe hasta su antecámara, aguardaron el tiempo que fue menester, para que reparado del pasado cansancio les franquease la dicha de besar su Real Mano»<sup>49</sup>. Después de haber reposado, Felipe V se dispuso a completar las celebraciones. Recibió a la nobleza y mandó que la cena se sirviese en público para que todos pudieran contemplarle. Recibió a los consejeros de la ciudad para despedirse y les dió a besar la mano. Manifestó su deseo de ver el desfile de los gremios que no se había realizado en la plaza de San Francisco. Mientras unos desfilaron con sus banderas, otros llevaban figuras y carrozas:

«Acudió todo el concurso, ansiosos de gozar otra vez de la Soberana vista de su Rey y Señor a la plaza de Palacio, y a poco rato hizo Su Majestad Soberana eclítica de su bizarría a un balcón, dejándose ver en él de todo el Pueblo, y llegando en esta ocasión las Cofradías y Gremios; la primera invención que se manifestó —la del gremio de los cardadores— fue la que vulgarmente llaman *la Mulassa* (que es una máquina que con sus ridículos gestos divierte sumamente al Pueblo) enjaezada de azul, con listones de oro, y diferentes adornos y encajes, entre lo extravagante de su postura y sobre sus dilatadas y anchas espaldas se dispuso una Granada, que se abría y cerraba como por tramoya, manifestando dentro de ella dos ángeles, que también hacían sus movimientos. Otro gremio —el de los zurRADORES— llevaba un león muy grande, lucidamente dorado, que llevaba dos hombres, vestidos de oropel, con tal disposición que parecía que el León andaba con sus pies. Otro —el gremio de marineros— llevaba un navío muy grande, con sus árboles, velas, jarcia, estandartes, flamulas, faroles, artillería y cinco marineros y un trompeta, que iba avisando para prevenir a todo el concurso a ver una admiración, navegaba por tierra, al aire solo del ingenio y del artificio, y al llegar delante el balcón de su Majestad amainó las velas y disparó la artillería con grande aplauso de todo el numeroso bullicio. Otro —el de los hortelanos de la puerta de San Antonio— llevaba un jardín tan primorosamente compuesto, que parecía subcinto timbre de la Primavera en su variedad y hermosura de flores, abreviado distrito de Silvano en la bella disposición de sus árboles y sincopada jurisdicción de Pomona, en la agradable variedad de frutos. Entre la curiosa distribución de sus cuadros iban unos niños vestidos como ángeles, en traje de labradores, que arando unos, con sus chanditos, otros iban sembrando confites, arrojando muchos al aire hacia el balcón de Su Majestad [...]. Había también una noria y surtidor tan propiamente fabricado, que parecía efectivamente propio y de un natural jardín. Ilustrábase esta deleitosa fábrica con una primorosa imagen del Santo Labrador, que lo fue de virtudes en la campaña de Madrid. Coronaba todo este delicioso artificio lo frondoso de los árboles, matizados con los colores de diversidad de aves, y al que la atención estaba más divertida en admirar tan ingeniosos primores, súbitamente se soltaron al aire innumerable multitud de diferentes pájaros, que alborotaron el concurso con el alegre susto de tan impensada novedad, aumentando sumamente el bullicio, que convirtiéndose después en aclamaciones y aplausos de nuestro gran monarca»<sup>50</sup>.

49. *Devotos obsequiosos cultos*, p. 102.

50. *Festivas demostraciones*, pp. 77-78. Vid también *Devotos obsequiosos cultos*, pp. 108-112.

La fiesta se prolongó largo tiempo con música y luminarias y terminó con un enorme e ingenioso castillo de fuegos artificiales, pagado por la Diputació del General, un gran espectáculo que el rey contempló desde el balcón de palacio<sup>51</sup>. Las iluminaciones continuaron los dos días siguientes.

El día 3 de octubre, a partir de las diez de la mañana, el rey lo dedicó a conceder audiencia a las principales instituciones y autoridades. En primer lugar el Consell de Cent, inmediatamente después la Diputació del General, en tercer lugar el Brazo Militar, más de un centenar de caballeros, encabezados por su presidente, D. Felicià de Cordelles, asistido por D. Bernart Aymeric y de Cruilles y de D. Josep Terrè i de Marquet, a continuación la Universidad literaria, en quinto lugar el Magistrado de la Lonja del Mar, representado por sus dos cónsules, D. Joan Claresvalls y de Llucià, Barón de Llorac, cónsul militar, y Joan Galvany, cónsul mercader, y un nutrido grupo de comerciantes. Todos rivalizaron en sus muestras de acatamiento y en sus manifestaciones de alabanza al nuevo rey.<sup>52</sup> No parece que Felipe V rompiera su habitual mutismo, pues según el cronista de santa Catalina, no habló ni una palabra<sup>53</sup>.

## 6. LOS JURAMENTOS

El día 4 se celebró un acto político de máxima trascendencia, el doble juramento recíproco del rey y de los representantes del Principado. Felipe V juró las Constituciones de Cataluña y los catalanes le juraron fidelidad y le prestaron homenaje como su rey y señor. La ceremonia se celebró por la mañana en el gran salón del trono, el Tinell. En un lado se levantó un tablado, revestido de paños colorados y amarillos y cubierto por un dosel, bajo el cual se colocó el sillón del rey. En los otros tres lados se colocaron bancos para los tres estamentos, a mano derecha de la presidencia el estamento eclesiástico, a mano izquierda el estamento militar, enfrente el estamento real. En la plaza del Rey, por donde entraría Felipe V, se habían dispuesto dos tablados para la música, timbales, clarines y chirimías.

El acto comenzó con el recibimiento del monarca por los consellers de la ciudad al pie de la escalinata, que le acompañaron hasta el sillón. El rey tomó asiento y junto a él se situó como siempre el duque de Medina-Sidonia con el estoque desenvainado. En las gradas se hallaba el canciller, que era el obispo de Girona, y los regentes del consejo de Aragón y el regente de la real Audiencia de Cataluña. Delante del rey colocaron un misal y un *lignum crucis*. Primeramente los tres estamentos manifestaron su disposición a prestar el tradicional juramento de fidelidad y homenaje como vasallos, y comenzando por el estamento eclesiástico, representado por el arzobispo de Tarragona, siguiendo

51. *Festivas demostraciones*, pp. 81-82.

52. Vid *Festivas demostraciones*, pp. 84-94. Y *Devotos obsequiosos cultos*, pp. 115-122.

53. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 89.

por el estamento militar, y en su nombre el marqués de Anglesola y conde de Perelada, por último el estamento real, y en su representación el conseller en cap de la ciudad de Barcelona, hicieron el acto de acatamiento. Acto seguido Felipe V se puso en pie, el protonotario de la Corona de Aragón leyó el juramento y el rey, con la mano sobre el misal y el *lignum crucis*, juró las Constituciones de Cataluña y todos los demás fueros y privilegios. Inmediatamente después los tres estamentos, clero, nobleza y ciudades, prestaron su juramento de fidelidad y vasallaje.

Terminada la ceremonia del doble juramento, tal como estaba acordado con el cabildo, pasó don Felipe a la vecina catedral, para tomar posesión del canonicato reservado al rey, según la tradición. La campana *Tomasa* anunció la noticia a toda la ciudad. El acto se celebró en la sala capitular, donde entró el rey acompañado del obispo y los canónigos, y de su séquito únicamente el patriarca de las Indias y el protonotario de Aragón. Fue dicho protonotario el encargado una vez más de leer el juramento, que el monarca prestó de rodillas. Después el obispo ordenó a los oficiales del cabildo que hicieran entrega a su Majestad de todo lo que le correspondía como canónigo y así el secretario le presentó la porción, unos reales en una bandeja de plata, el bolsero de las distribuciones comunes, algunos plomos de su bolsa, el bolsero de la bolsa canonical, también algunos plomos de su bolsa y el distribuidor del pan una bandeja con seis panes canonicales. Al final, como símbolo de acogida en la comunidad, el obispo dio a su Majestad el beso de la paz en nombre de todo el cabildo y le agradeció su aceptación del canonicato. Antes de abandonar la catedral el rey salió al claustro, siempre acompañado por el obispo y los canónigos, para orar en la capilla de la Inmaculada Concepción y tomar bajo su protección, ingresando en ella, la antigua cofradía de la Purísima Concepción de María, según la tradición de los reyes de la Corona de Aragón, iniciada por Pere IV en 1333. Como manifestación de su especial devoción por la Inmaculada, el rey acudiría acompañado de la reina el día 8 de diciembre, fecha de celebración de esta advocación mariana, a oír misa y comulgar públicamente en dicha capilla.

El siguiente día 5 continuaron las audiencias del rey. En primer lugar el obispo con el cabildo. En segundo lugar el tribunal de la Inquisición, con todos los inquisidores y oficiales, encabezados por el inquisidor más antiguo, D. José Hualte. En tercer lugar el *Portantveus* de General Gobernador del Principado, D. Joan de Llupiá y de Agulló, acompañado de su asesor. En cuarto lugar el Batlle General, conde de Centelles, con sus tres ministros y sus oficiales. Y por último el Mestre Racional de la Real Casa y Corte en los reinos de la Corona de Aragón, el marqués de Aytona, con sus ministros. Los parlamentos de todos ellos manifestaban su fidelidad y acatamiento y expresaban el agradecimiento por la presencia real en tierras catalanas, pero dando siempre por supuesto el más estricto respeto a sus libertades y privilegios. La impresión que Felipe V sacó de todas estas entrevistas era que en Cataluña las



manifestaciones de sumisión a la Corona iban indisolublemente unidas a la defensa más celosa del estricto mantenimiento de sus leyes e instituciones tradicionales<sup>54</sup>.

## 7. LAS CORTES

El día 12 de octubre tuvo lugar otro de los grandes acontecimientos políticos, la inauguración de las cortes catalanas. El encuentro entre el rey y la ciudad, simbolizado en la entrada real y en su acto culminante, el juramento de los privilegios de Barcelona, y el vínculo recíproco entre el Rey y el Principado, simbolizado en el juramento de las Constituciones, alcanzaba en la reunión de Cortes un desarrollo político concreto, tanto teórico como, sobre todo, práctico. Las Cortes representaban el encuentro entre el rey y el reino, constituían propiamente el lugar y el tiempo de la ratificación y revisión del pacto constitucional.

Las cortes de 1701 se reunían en un clima político muy caldeado. Aunque eran esenciales en el sistema constitucional del Principado, hacía muchos años que los catalanes no tenían cortes. Las cortes de Felipe III en 1599 fueron las últimas normalmente concluidas, las cortes de Felipe IV, convocadas en 1626 y continuadas en 1632, no llegaron a cerrarse y dejaron un recuerdo muy frustrante. La situación en 1701 era ambivalente, las cortes eran muy esperadas y deseadas, pero el nuevo monarca Borbón, Felipe V, suscitaba recelos y prevenciones, como nieto que era de Luis XIV, que había hecho de la monarquía francesa el modelo por excelencia del absolutismo centralizador. Buena muestra del ambiente político que se respiraba era la proliferación de memoriales y representaciones<sup>55</sup> en defensa de las leyes catalanas escritas y publicados por aquellos días y la reedición de obras clásicas sobre las cortes catalanas, como las de Miquel Sarrovira<sup>56</sup> y Luis de Peguera<sup>57</sup>.

54. Carta de Felipe V a Luis XIV, 7 de octubre de 1701. Vid. BAUDRILLART, Alfred: *Philippe V et la Court de France*. París, 1890, vol. I, p. 84.

55. Representación de la Ciudad de Barcelona al Rey con observaciones sobre sus leyes, Barcelona, 1701, s.p.i., 2 hs.; Representación de la Ciudad de Barcelona dirigida al Rey, haciéndole consideraciones sobre la necesidad de conservar las Constituciones, Usos, privilegios y otros derechos municipales de Cataluña, Barcelona, s.i., 1701, 8 hs.; Representación de la Ciudad de Barcelona al Rey solicitando le conserve sus Constituciones, Usos, Privilegios..., Barcelona, s.i., 1701, 10 hs.

56. SARROVIRA, Miquel: *Cerimonial de Corts. Obra compilada de llochs autentichs, Lleys del Principat de Cathalunya, antichs y prolichs Doctors... Reimprimít per deliberació dels tres Braços de las Corts que da present se celebran en lo Convent de San Francesch de la Ciutat de Barcelona...* Barcelona, Rafael Figueró, 1701, 4 hs.+ 51 pp.

57. PEGUERA, Luis de: *Práctica, forma y stil de celebrar Corts Generals en Cathalunya...* Barcelona, Rafael Figueró, 1701, 8 hs. + 104 pp.

Como era costumbre las cortes se reunieron en el convento de San Francisco. El acto inaugural tuvo lugar en la iglesia del convento, donde se había dispuesto un tablado en el presbiterio, con un sillón bajo dosel ante el altar mayor reservado al monarca, en la nave, a la derecha dos líneas de bancos para el brazo eclesiástico, a la izquierda seis líneas de bancos para el brazo militar, el más numeroso, y frente al solio tres líneas de bancos para el brazo real. La ceremonia se fijó para el día 12 de octubre a las tres de la tarde.

Al llegar Felipe V al convento toda la comunidad en procesión salió a recibirle a la puerta y lo mismo hizo el conseller en cap. Para la entrada se formó una comitiva encabezada por los maceros de la ciudad, seguidos por el duque de Medina-Sidonia con el estoque desnudo en la mano, después el rey, acompañado por el conseller en cap, ambos bajo palio, sostenido por seis frailes, flanqueados por cuatro reyes de armas, detrás las guardias de corps. Mientras avanzaban se cantó un *Te Deum*. El rey tomó asiento en el solio, el duque de Medina-Sidonia entregó el estoque desnudo al monarca y se situó a su lado, donde permaneció en pie durante toda la ceremonia. En las gradas del solio se colocaron a ambos lados el canciller y los regentes del consejo de Aragón y el regente de la real Audiencia.

Empezó el primer acto de cortes haciendo un rey de armas las cuatro advertencias reglamentarias: «Silencio». «El Rey manda que os sentéis». «El Rey manda que os cubráis». «El Rey manda que atendáis». Inmediatamente el Prototario leyó en catalán la Proposición real:

«Lo Rey Don Carlos Segon, mon oncle (que haja gloria) (observant las lleys de la Successió y de la justicia) me instituí Hereu de la Corona de Espanya, y tots sos Regnes. Y passant, com à legitim successor en ells, pera pendrer possessió, ho executí en los regnes de Castilla y León, y haventme aclamat, jurat, y prestat Sagrament y Homenatge los vassalls de dits Regnes, los confirmí sas Constitucions, Privilegis, Usos y Costums. Y desitjant observar lo mateix en lo present Principat de Cathalunya, ab la major brevedad que he pogut y lo temps me ha permès, per lo molt que estimo y mereixen tant bons y lleals vasalls como son los quel componen, per correspondrer al amor, llealtat y esforços ab que sempre han servit a ma Corona, esperant que ho continuaràn ab la mateixa finesa: He manat convocar estas Corts Generals, peraque en ellas se tracte tot lo que pugua ser mes util, convenient y de justicia pera son millor govern, conservació y benefici, mirant per ells ab lo gran cuydado particular y cordialissim amor quels tinch, donant providencia de que per motiu algù no quedian gravats, ni se li posian embarassos que detingan las resolucions de la major equidat en que desitjo estigan, com aixi ho executarè continuament, esperant que al mateix temps tindrà presents lo dit Principat y considerarà ab tota atenció lo estat que fins assi ha tingut la Monarquía, y lo que està passant en sos separats y grans Dominis y en avant pot succehir y ocorrer, y totas las demès circunstancias tant publicas a sa vista, peraque corresponent a unas y altres degudas obligacions, se logre en major servey de nostre Senyor, la autoridat y permanencia de la justicia, lo bè comù de aquest Principat, el alivio de aquestos vassalls, y tots los afectes de mon Real Servei, en que desde luego mane se tractia y conferesca y sem representia per aqueixos Braços, deixant tot lo que

embarase tant lloables y principals fins, que son los que han mogut mon animo a passar a aqueixa Ciutat, como ho executarè en totas las ocasiones que convinga, per lo que aprecio el bè comù de estas Provincias y de sos particulars individuos.<sup>58</sup>

Las cortes catalanas, inauguradas el 12 de octubre, estuvieron funcionando durante tres meses. Como era propio de las cortes su funcionamiento consistía en una dura negociación, en que el rey trataba de obtener los mayores recursos posibles a cambio de las menores concesiones y el reino buscaba conseguir el máximo de leyes favorables a sus intereses políticos, económicos y sociales y el máximo de reparación de agravios cometidos, por el mínimo de donativo. En 1701 se desarrollaron dos temas fundamentales de discusión, una entre el rey y las cortes por la aprobación de las constituciones y capítulos, otra entre los tres brazos de las cortes sobre los medios de recaudar el donativo que se había de entregar al rey.<sup>59</sup> Para la relación entre Felipe V y Cataluña tiene especial interés el conflicto en torno a las leyes.

El núcleo del conflicto estaba en la constitución de las desinsaculaciones, por la que reclamaban las cortes que Felipe V renunciara a la prerrogativa que, acabada la guerra dels Segadors, Felipe IV se había reservado, consistente en el poder de desinsacular sin juicio previo a los insaculados en las bolsas de la Diputació del General y del Consell de Cent. Para apoyar la petición de las cortes se hicieron diversas gestiones por los mismos brazos y por otras autoridades del Principado. El Consell de Cent pidió audiencia al rey y el 27 de noviembre le planteó el caso y le presentó un memorial, solicitando volver en el tema de las insaculaciones a la situación existente antes de 1640 y entregó copias del memorial a otros personajes influyentes de la corte, como el duque de Sessa y el embajador de Francia, el Conde de Marcin, cuya respuesta fue cauta, pero significativa al invocar la igualdad de trato de Felipe V a todos sus súbditos:

«Respongué dit senyor embaixador que ell en ninguna manera podia entrar en esta incumbència per trobar-se ministre del rey christianíssim y no poder-se entremètrer en matèria de entre lo rey cathòlich y sos vassalls, sinó tan solament en persuadir que tractàs ab benevolència y benignitat a sos vassalls, y al pas que ells procehirian y lo obligarian, los affavoris y premiàs; y això tant en general que no individus ni se inclinàs més a una província que a altre»<sup>60</sup>.

58. *Festivas demonstraciones*, pp. 116-117. Versión castellana en Antonio de Ubilla: *Sucesión de el Rey D. Phelipe V*, pp. 263-264.

59. BARTROLÍ i ORPÍ, Jaume: «La cort de 1701-1702: un camí truncat» en *Recerques*, n° 9, p. 59. Vid. también Ernest Belenguer i Cebrià: «La Corte y el País: en torno a las últimas Cortes catalanas de la Edad Moderna» en *Studia Historica. Historia Moderna*, vol. VI. Universidad de Salamanca, 1988, Homenaje al Dr. D. Manuel Fernández Álvarez, pp. 399-410. Y J. Albareda: *Els catalans i Felip V*, especialmente «Les Corts de 1701-1702», pp. 70-90.

60. *Manual de Novells Ardits*, XXIII, pp. 244-245.

Marcin, mucho más explícito en sus informes a Luis XIV, atribuía las dificultades de Felipe V con las cortes al carácter desconfiado y «republicano» de los catalanes y a la fuerte animadversión y rivalidad existente entre los catalanes y los castellanos, sobre todo los que acompañaban al soberano, algunos muy arrogantes e impacientes. Pero consideraba importantísimo para el prestigio del nuevo rey, tanto en Cataluña, como en el resto de España, que lograra concluir las cortes, algo que no sucedía desde hacía más de un siglo, pues las últimas que se concluyeron fueron las de Felipe III en 1599. Ante semejante compromiso, Marcin elogiaba el comportamiento de Don Felipe, paciente y firme a la vez<sup>61</sup>.

A pesar de las insistentes reclamaciones catalanas, Felipe V rechazaba esta petición, pues la prerrogativa de desinsaculación representaba uno de los pocos instrumentos de influencia que tenía la Corona en las principales instituciones del Principado<sup>62</sup>. En primer término Felipe V manifestó una actitud muy cerrada. Las exigencias reales presentadas a las cortes eran inflexibles. El rey, a través de los oficiales reales, señalaba que la finalidad de las cortes era votar un donativo y reclamaba las concesiones que debían hacer los tres brazos, sin más discusiones, pues «con su majestad no se regateaba»<sup>63</sup>. Según explica Mas en su diario, el 10 de diciembre, los tratadores fueron llamados por el rey, que les dijo: «Aquí tenéis estos papeles, los cuales hemos mirado, y os hemos concedido todo lo que hemos podido, y más de lo que hemos podido y no se os admitirá más réplica. Creo estaréis contentos y seréis buenos vasallos. El lunes por la mañana iremos a San Francisco para la suplicación de greuges y a la tarde para el solio»<sup>64</sup>.

Felipe V se negaba a conceder las constituciones que le pedían. En respuesta a la dura actitud real, las cortes primero protestaron repetidamente y finalmente aplicaron el recurso tradicional, la presentación el día 11 de diciembre de un «dissentiment» general a las cortes, por veinte miembros del Brazo Militar, encabezados por Pere Torrelles y Senmenat. El dissentiment significaba bloquear las cortes, impedir su conclusión, con lo que el monarca, además de perder la posibilidad de un donativo, quedaría gravemente desprestigiado en la propia Cataluña, en el resto de la Monarquía española y ante las potencias extranjeras. El riesgo de crisis era muy alto y después de permanecer las cortes detenidas durante una semana, finalmente Felipe V decidió ceder algo ante las peticiones de las cortes.

Pero el rey y sus seguidores no se resignaron y pasaron al contraataque. El protonotario real advirtió a los brazos que si continuaban exigiendo la aprobación de la constitución de las desinsaculaciones, pasarían todas las constitu-

61. Vid. ALBAREDA, J.: *Els catalans i Felip V...*, pp. 84-86.

62. ACA, Generalitat, Processos de corts, nº 1062, fol. 522.

63. Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Generalitat, Processos de corts, nº 1061, fol. 167 v.

64. MAS, E.: «Diari», fol. 124.

ciones ya aprobadas al dictamen del consejo de Aragón, para que resolviera sobre la conveniencia de la concesión. De este modo Felipe V aprovechaba hábilmente en beneficio propio las rivalidades entre los diferentes grupos políticos catalanes, entre las instituciones del rey y las instituciones de la tierra, y concretamente la oposición de los oficiales reales de Cataluña, sobre todo los magistrados de la Real Audiencia, a las concesiones ya realizadas en favor de las cortes<sup>65</sup>. Por su parte el conde de Palma, virrey de Cataluña, respaldado por algunos magistrados de la Audiencia, adoptó una actitud intransigente y redactó un memorial, fechado el 17 de diciembre, recomendando al Rey que dejara las cortes sin concluir. Inmediatamente otros memoriales respondieron al del virrey, defendiendo el pactismo y las cortes. Se planteó un interesante debate político, que abordaba las grandes cuestiones de principios en torno al absolutismo y al pactismo y que trataba también problemas concretos, como el de las desinsaculaciones y el de los alojamientos militares<sup>66</sup>.

Pero una cosa son las discusiones teóricas y otras las cuestiones prácticas y concretas. Ante el problema que representaba perder todo lo obtenido, aunque en las cortes existían algunos partidarios de mantener la resistencia, otros preferían la conciliación, como sucedió a mediados de diciembre con el *Consell de Cent*. Según explica Mas en su diario:

«Si bé a les hores se digué que la vint-i-quatrena de Corts de dita ciutat avia anat omissa en lo no prosseguir lo empeño de la desinsaculació sens cognició de causa, emperò, fou mirant-ho per part de fora, perquè mirat per part de dins, com ho miravan las personas de la vint-i-quatrena, tenian per davant una resolució de Sa Magt. que deya per boca de sos tractadors, que en manera alguna condescenderia en dita constitució... y que abans de concedir-la dexarien de conclurer-se las Corts, y de altre part tenian un vot de quatre advocats que deyan que dita matèria y concessió era únicament matèria de gràcia, y no de justícia»<sup>67</sup>.

El resultado final fue que las cortes renunciaron a la constitución en litigio, la de las desinsaculaciones, para salvar el resto y aceptaron las demás indicaciones reales. A pesar de todo, el balance de las cortes resulta positivo. Se hicieron una serie de nuevas leyes importantes, sobre todo por el largo tiempo que el Principado se vio privado de cortes y, por tanto de nuevas leyes<sup>68</sup>. En el apartado político destacan algunas iniciativas como la nueva

65. FELIU DE LA PEÑA, Narcís: *Anales de Cataluña*, Barcelona, 1709, vol. III, p. 491.

66. *Vid.* los memoriales y representaciones copiados en el manuscrito del convento de Santa Catalina, BUB Ms. 1007 Lumen Domus, III: «Memorial del Comte de Palma Virrey de Cataluña, després de la vinguda del Rey Felip quint, a esta Exma. Ciutat de Bar<sup>a</sup> a fi y efecte de que sa Magt. no conlogués las corts», fols. 121-124. Y las tres largas representaciones de respuesta, fols. 124-140.

67. MAS, E.: «Diari», fols. 126-127.

68. *Constitucions, Capítols, y Actes de Cort, fetas y otorgats, per la S.C.R. Magestad del Rey nostre Senyor Don Felip IV de Aragó y V de Castella, comte de Barcelona, etc., en la primera Cort, celebrada als Cathalans, en la ciutat de Barcelona, en lo Monestir de Sant Francesch, en los anys 1701 y 1702. Per manament dels molt Illustres y Fidelissims Senyors Deputats, y Oydors de Comp-tes*. Barcelona, Rafel Figueró, 1702, 6 hs. + 100 pp.

Constitució de l'Observança por la que se creaba un nuevo tribunal encargado de juzgar las contrafacções —actos contrarios a las leyes del país—, recogiendo las tradicionales aspiraciones catalanas de que no fuera la Real Audiencia de Cataluña la que tratara el tema, por ser precisamente sus oficiales y los demás oficiales reales los que cometían las contrafacções. Muy significativas fueron las reformas introducidas en el funcionamiento de la Diputació y en sus relaciones con las cortes, destinadas a mejorar la eficacia y a controlar la corrupción. Resultan también interesantes para la mejora de las relaciones entre la Corona y el Principado medidas como la regularización de los alojamientos de tropas en Cataluña, que había sido uno de los principales temas de enfrentamiento a lo largo del siglo XVII, o la restitución de fraudes cometidos por la entrada de telas y otros productos sin pagar los derechos correspondientes, con la excusa de hallarse destinados a la familia real o al ejército. Otras concesiones notables, destinadas a aumentar la presencia de catalanes en las instituciones del gobierno de la Monarquía, fueron la asignación a naturales de Cataluña de plazas en Italia, una plaza en el consejo de santa Clara de Nápoles y otra en el magistrado extraordinario de Milán, y el establecimiento de un turno rotatorio entre aragoneses, catalanes y valencianos en el cargo de proto-notario de la Corona de Aragón.

Uno de los aspectos más interesantes de estas cortes fueron las reformas económicas, encaminadas a favorecer la recuperación catalana ya en marcha, facilitando las actividades comerciales. Tres medidas destacaban por su importancia, la autorización para erigir una casa de puerto franco en Barcelona, el permiso para enviar cada año dos barcos catalanes a América y la creación de una junta encargada de proyectar y fundar una Compañía Náutica Mercantil y Universal. Estas medidas respondían a las aspiraciones de desarrollo económico sentidas en la época y habían sido repetidamente planteadas. Constituían tres puntos destacados del programa económico de Narcís Feliu de la Peña, tal como lo presentaba en el *Fénix de Catalunya*<sup>69</sup>. Lamentablemente la difícil situación política de la época y después la guerra, así como la falta de iniciativas económicas y de medios para llevarlas a cabo impidieron el desarrollo de estas interesantes propuestas aprobadas en las cortes<sup>70</sup>.

En compensación de todas estas concesiones reales, las cortes catalanas otorgaron a Felipe V un donativo de un millón y medio de libras. Según explica Mas en su diario, el 27 de noviembre:

*Capítols del General del Principat de Cathalunya, Comptats de Rosselló y Cerdanya, fets en les Corts celebradas en lo Monestir de Sant Francesch de Barcelona, per Phelip IV de Aragó y V de Castella, per lo redrés del General, y Casa de la Deputació en los anys MDCCI y MDCCII...* Barcelona, Joan Pau Martí, 1702, 136 pp. + 23 hs.

69. FELIU DE LA PEÑA, Narcís: *Fénix de Catalunya. Compendio de sus antiguas grandezas y medios para renovarlas*. 1683. Estudio introductorio de H. Kamen. Barcelona, Generalitat de Catalunya, Departament de Cultura, 1983. Vid. también Pere Molas i Ribalta: *Comerç i estructura social a Catalunya i València als segles XVII i XVIII*, Barcelona, Curial, 1977.

70. BARTROLÍ: «La cort de 1701-1702: un camí truncat», pp. 63-67.

«En los brassos, després de varias alteracions y difficultats, se resolgué en lo bras militar de donar al Rey per via de donatiu un milió y mitg moneda de Barcelona ab differentes condicions, que primerament tingués lo Placet a las constitucions, que fés gracia de coronatge, maridatge, quints y altras gracias acostumbradas, y que tragués tots los allotjaments, posant los soldats en los presidis o bé fora del Principat. Y lo bras eclesiàstic antes avia resolt donar dos milions però ab tals condicions que ells no venian a pagar casi res»<sup>71</sup>.

No hubo demasiados problemas para fijar la cantidad, el conflicto se produjo a la hora de establecer los medios que se habían de aplicar a la recaudación. Finalmente se establecieron diversos recursos, como el estanco del tabaco, el repartimiento entre los «fogatges» y el catastro —una imposición sobre la riqueza, pero de pago municipal, no personal-. Sin embargo, el donativo quedó limitado, pues el rey debía satisfacer una importante cantidad en concepto de «greuges». No se sabe lo que verdaderamente llegó a percibir Felipe V. De todos modos, aunque las necesidades económicas eran muchas y urgentes, el donativo no era lo más importante para el rey, por encima del dinero otorgado estaba el entendimiento político, el haber logrado evitar algunas de las concesiones solicitadas, como la constitución de las desinsaculaciones, y el éxito de haber conseguido concluir las cortes.

El solio que cerraba las cortes se celebró el 14 de enero de 1702 en el convento de San Francisco, con un gran ceremonial similar al de la apertura, destacando en esta ocasión la presencia de la reina y de sus damas de compañía, encabezadas por la princesa de los Ursinos. El rey juró las nuevas constituciones y capítulos acordados en las cortes que entonces se clausuraban. Los representantes de los tres brazos presentaron al rey la súplica con la oferta del donativo y el Protonotario leyó la súplica. Después uno de los reyes de armas anunció: «Subid, subid a besar la mano a Sus Majestades» y se realizó el besamanos de los tres estamentos. Una vez finalizado, un rey de armas proclamó que S.M. licenciaba la Corte y terminó así el acto, retirándose los reyes a palacio «con grande aclamación del pueblo»<sup>72</sup>.

Para celebrar la conclusión de las cortes, para premiar los servicios prestados y para estrechar los lazos de los catalanes con la Corona, el rey concedió una serie de gracias a numerosas personas. Otorgó diversos títulos nobiliarios de la Corona de Aragón, marquesados en su mayoría, a D. Josep de Agulló, D. Joan de Llupiá, D. Carles de Llupiá, D. Geroni de Rocabertí, D. Josep de Pinós, D. Pere Bach, D. Bernat de Aymerich, D. Josep Meca, D. Josep Amat, D. Cristobal de Potau, D. Pere de Ribas, D. Pere Senmenat y Torrelles y a los Regentes D. Francesc Comes y Torró y a D. Miquel de Xaca. Concedió veinte privilegios de nobles, entre otros, a D. Magí Vilallonga, D. Ramón Belloch, D. Lluís Cruilles, D. Francesc Tord y Granellar, D. Pere Planella y

71. MAS, E.: «Diari», fol. 116.

72. UBILLA, Antonio de: *Sucesion de el Rey D. Pbelipe V*, p. 359.

Dusay, D. Antoni Sant Just, D. Lluís Barutell, D. Martí Sabater y Agullana, D. Pere Planella y Cruilles, D. Josep Ferrer y Marquet, D. Josep Dusay y Aragall, D. Francesc Graells, D. Francesc Pascual y D. Joan Bonaventura Guabes. Nombró veinte caballeros, entre ellos al Doctor Josep Puig, Doctor Felix Areny, Miquel Pau Vilanova, Carles Faviller y Torres, Carles Torres, Francesc Deona, Francesc Comalada, Joan Baptista Tapias y Solà, Francesc Piq, Geroni Martí, Josep Ribert, Capitán Josep Baltasar Mir, Josep Escolà y Puig, Sebastià Llovera, Sargento Mayor Josep Belluer y Marques, Francesc Sambasart, Ignasi Bas y Balaguer, Josep Revert, Francesc Gras y Taverner, Doctor Josep Alós y Ferrer, Pere Canal y Roger, Doctor Francesc Gayola. Y nombró veinte ciudadanos honrados, entre ellos al Sargento Mayor Francesc Mujal, al Majordom de Artillería Josep Febrer, Bernat Martí, Joan Rou y Pastor, Lluís Garriga, Francesc Mas, Josep Tarau, Pere Ribalt, Doctor Agustí Fetjó. También concedió diversas naturalizaciones como catalanes, así sucedió con el conde de Perelada y con D. Antonio de Ubilla, el secretario del despacho universal<sup>73</sup>.

En este panorama de concordia, la única excepción fue Pere Senmenat y Torrelles —o Pere Torrelles y Senmenat—, el noble que había encabezado el «dissentiment» en las Cortes. Para manifestar su oposición, rechazó el título de marqués que le había sido concedido por Felipe V<sup>74</sup>.

El Consell de Cent, para manifestar su satisfacción por la presencia del rey y por la feliz conclusión de las Cortes, accedió a la petición real de un donativo de cincuenta mil libras, a entregar treinta mil inmediatamente y el resto en cuanto se pudiera, pues el rey necesitaba con urgencia pagar a los soldados. A cambio, el monarca respondió con la reintegración de cuatro consellers desinsaculados<sup>75</sup>.

En definitiva, en las cortes catalanas de 1701-1702 las negociaciones entre el rey y los tres brazos fueron duras, pero no más que lo habían sido en ocasiones anteriores y no tanto que puedan considerarse causa determinante del rompimiento entre Felipe V y Cataluña. Tras varias décadas de inmovilismo, las cortes de 1701-1702 apuntaban hacia una adaptación de la política catalana a las transformaciones económicas y sociales que se estaban produciendo, hacia una mejora de las relaciones entre la Monarquía y el Principado, hacia un mayor protagonismo de las cortes sobre otras instituciones como la Diputación, hacia la apertura de nuevos horizontes económicos. Parecían, pues, unas expectativas muy prometedoras.

Tanto desde el punto de vista de Felipe V como desde el punto de vista de los catalanes el balance de las cortes de 1701-1702 era claramente positivo. Luis XIV escribía a su nieto: «Votre patience étoit nécessaire. Il falloit faire voir à des peuples naturellement inquiets et jaloux de leurs privilèges que vous n'aviez pas dessein de les supprimer. Cette confiance leur inspirera plus de

73. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fols. 155-156.

74. Partidario de la causa del Archiduque Carlos, ocupó un puesto relevante en el bando austracista. Vid. MOLAS RIBALTA, Pere: *Catalunya i la Casa d'Àustria*. Barcelona, Curial, 1996, p. 50.

75. MAS, E.: «Diari», fol. 152. Y Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 157.



zèle pour le service de V.M. et il n'est que trop vrai qu'elle a besoin de l'assistance de tous ses sujets<sup>76</sup>. El brazo real de las cortes afirmaba que el rey había concedido «tan singulares gràcias y prerrogativas, quals en pocas corts se hauran concedit<sup>77</sup>. Y Narcís Feliu de la Peña, a pesar de su inclinación decididamente austracista, opinaba que las constituciones de estas cortes de Felipe V habían sido «las más favorables que había conseguido la Provincia, porque consiguió la Provincia cuanto había pedido, moderado sólo el desinsacular<sup>78</sup>. Las expectativas del rey y del Principado parecían entonces muy buenas.

Deseosa Barcelona de seguir honrando la presencia del rey, acordó el obispo con las demás autoridades de la ciudad y del Principado organizar unos grandes festejos religiosos con motivo de la traslación del cuerpo incorrupto de san Olaguer a un nuevo lugar en la catedral. San Olaguer fue un prelado catalán, nacido en Barcelona, que realizó una importante carrera eclesiástica, llegando a ser obispo de Barcelona y arzobispo de Tarragona. En sus diócesis trabajó por la reforma del clero. En 1123 asistió al Concilio de Letrán. Murió en 1137. La celebración correría a cargo del obispo y el cabildo y el triduo festivo sería sufragado el primer día por el Consell de Cent, el segundo día por la Diputació del General y el tercer día por la Lonja del Mar. Comunicaron a Felipe V el proyecto y el rey lo aceptó con agrado, rogando esperaran la próxima presencia de la reina para realizarlo.

## 8. LA BODA

El matrimonio de Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya, como era costumbre, había tenido lugar en Turín por poderes el día 11 de septiembre. Después de los festejos la reina con su séquito partió hacia Niza, para embarcarse con destino a Barcelona. Pero los planes cambiaron debido al mal tiempo. Después de diecisiete días de navegación desde Niza hasta Marsella, donde llegaron el 14 de octubre, se decidió proseguir el viaje por tierra. En consecuencia, también Don Felipe hubo de cambiar sus planes y en lugar de recibir a su esposa en Barcelona, se dispuso el viaje real hasta la frontera francesa.

El monarca salió de Barcelona el 31 de octubre, hizo una primera jornada en Sant Celoni y llegó a Girona el día 1 de noviembre, donde fue recibido por las autoridades. Al día siguiente oyó misa en el convento de san José y luego fue a venerar el cuerpo de san Narcís, defensor de la ciudad con sus singulares prodigios. Por la tarde, habiendo recibido la noticia de que la reina se hallaba ya en La Jonquera, el soberano se marchó a pasar la noche a Figueres, población donde se había de producir el encuentro de los nuevos esposos.

76. Luis XIV a Felipe V, 25 de diciembre de 1701. Citado por BAUDRILLART, A.: *Philippe V et la Cour de France*. vol. I, p. 92.

77. ACA, Generalitat, Processos de corts, nº 1062, fol. 502r.

78. FELIU DE LA PEÑA, Narcís: *Anales de Cataluña*. Barcelona, 1709, vol. III, p. 492.

Llegó el día 3 y Don Felipe, muy impaciente por conocer a María Luisa Gabriela, rompió el protocolo y decidió salir a su encuentro de incógnito. Se adelantó a caballo y al encontrar el carruaje en que viajaba la saludó y la acompañó un trecho del camino, aparentando ser un caballero enviado por el rey. Después se separó de ella y volvió a toda prisa, para recibirla en Figueres como rey y como esposo. La bienvenida tuvo lugar en la residencia real, luego se trasladaron a la iglesia para el acto de las reales entregas y la revalidación del desposorio<sup>79</sup>. Por la noche se celebró un banquete, algo accidentalmente por algunos conflictos gastronómicos y protocolarios entre españoles y franceses. Todavía más accidentalmente fue el encuentro entre ambos esposos, pues la reina, disgustada por haberse visto privada de su séquito saboyano, se negó a recibir a su esposo. Fue un problema pasajero. Muy pronto se solucionarían las cosas y Felipe y María Luisa Gabriela se convertirían en un matrimonio muy unido<sup>80</sup>.

De Figueres los reyes salieron el día 5 de noviembre. La primera jornada les llevó hasta Girona, donde fueron recibidos con luminarias, la segunda hasta Hostalrich, la tercera hasta Llinás y el día 8 entraron en Barcelona, a las cinco de la tarde. De nuevo se repitió, esta vez dedicado a la real pareja, un recibimiento muy entusiasta, con grandes aclamaciones. Mas comentaba en su diario que las gentes habían salido a esperar la llegada de los reyes en los alrededores de la ciudad y que al hacer su entrada: «comensà lo griterio de *Vivan, vivan* lo gran concurs de la gent que era exida fora a veurer a sas Magts» Y en las murallas y en la plaza de palacio el gentío era enorme: «Tal concurs de gent com jamay se agués vist, puix era tal la alegria de est die, que no obstant que era dimars, se tingué per lo die més feliz de tots»<sup>81</sup>. Ubilla escribía en su diario de los viajes del rey: «habiendo sido grande el concurso que había salido, y desde las fortificaciones hasta la puerta de palacio estuvieron formadas las tropas de aquel ejército e hizo salva la artillería de la plaza y a la noche hubo luminarias y fuegos que se repitieron las tres siguientes»<sup>82</sup> Y el marqués de San Felipe, mucho tiempo después, desde su perspectiva como

79. *Breve noticia de la entrada de la Reyna nuestra Señora en España, Desposorios en Figueras y regocijo solemne de esta Corte*. Madrid, Antonio Bizarrón, 1701, 2 hs.

*Carta que escribe un ingenio de la Real Familia expressando lo que pasó entre Nuestros Católicos Rey y Reyna, la primera vez que se vieron en Figueras, ponderando todo en este Romance Endecasílabo, que dedica al Señor Marqués de Salmerón y Sanfelices. Por un muy aficionado de Su Señoría*, s.l., s.i., s.a., 4 hs.

*Con el motivo de la feliz llegada de la Reyna Nuestra Señora a España, escribe un ingenio Barcelonense a otro de esta Corte este Romance de arte mayor*, s.l., s.i., s.a., 2 hs.

Vid. también RIERA FORTIANA, Enric: «Les festes celebrades a Catalunya durant el viatge i el casament de Felip V (1701-1702) en *El barroc català*. Barcelona, Quaderns Crema, 1989, pp. 395-410.

80. SAINT-SIMON, Duc de: *Mémoires, 1701-1707. Additions au journal de Dangeu*, II, ed. de Yves Coirault, Bibliothèque de la Pléiade, pp. 55-57.

81. MAS, E.: «Diari», fol. 81.

82. UBILLA, Antonio de: *Sucesion de el Rey D. Phelepe V*, p. 349.

filipista, resaltaba la acogida popular: «Las exteriores aclamaciones fueron grandes; más sinceras en la plebe más humilde, que aun no estaba contaminada de la infidelidad»<sup>83</sup>.

Para celebrar la llegada de la reina se decretaron tres días de luminarias y se quemaron castillos de fuegos artificiales. A María Luisa Gabriela los festejos de bienvenida no parece que le causaran gran impresión. En una carta escrita a su madre el 14 de noviembre de 1701 decía: «Depuis que nous sommes icy l'on nous donne tous les jours quelque divertissements. Les trois premiers soirs il y a eut des feux d'artifices qui nous ont plus tost ennuyé que diverti, avant hyers les ecoliers donnerent aussi une feste et aujourd uix nous allons voir un tournoi»<sup>84</sup>.

En los días siguientes, para presentar a la reina a las autoridades catalanas se repitieron las audiencias y besamanos. El día 9 la Real Audiencia y el obispo, acompañado del cabildo catedralicio, el 10 el Consell de Cent, la Diputació del General, el tribunal de la Inquisición, D. Joan de Llupiá y de Agulló, *Portantveus* de General Gobernador de Cataluña y el conde de Centelles, Batlle General, con sus ministros. Por la noche hubo besamanos de Damas. El día 11 los reyes concedieron audiencia a los brazos de las cortes, que acudieron a palacio en comitiva desde el convento de San Francisco. El día 12 les tocó el turno a los síndicos de los cabildos de las catedrales del Principado, el marqués de Aytona, como Maestre Racional de la Casa y Corte, con sus ministros, y el magistrado de la Lonja del Mar.

El día 13 por la mañana se celebró en la iglesia de Santa María del Mar, vecina a palacio, la misa de velaciones. Presidió el patriarca de las Indias y acudió la nobleza.

## 9. POLÍTICA Y RELIGIÓN

La llegada de la reina María Luisa Gabriela abrió un nuevo capítulo festivo<sup>85</sup>. Entre las múltiples celebraciones destacó la traslación de san Olaguer, que el rey había pedido que se realizara en presencia de la soberana. Aunque se trataba de una fiesta religiosa, se convirtió en un gran espectáculo ciudadano, en escenarios interiores y exteriores, dentro de la catedral y por las calles y plazas por las que transcurrió la procesión. Si con motivo de la entrada real,

83. SAN FELIPE, Marqués de: *Comentarios de la Guerra de España e Historia de su rey Felipe V, el Animoso*, p. 31.

84. Turín, Arch. di Stato. Citado por BOTTINEAU: *El arte cortesano...*, p. 343, nota 2.

85. *Relación succincta, del feliz arribo a Barcelona de los Serenísimos Don Felipe de Borbón, y Doña María Luisa Gabriela de Saboya, Monarcas de las Españas, Nuestros Reyes y Señores... y de sus Reales Bodas; descríbese como en Epílogo la festiva pompa con que fueron festejados sus Magestades por la fidelidad, y amor de los catalanes, con la Sagrada Circunstancia de averse hecho la traslación del incorrupto cuerpo del glorioso Arçobispo de Tarragona, hijo, y Obispo de Barcelona San Olaguer*. Barcelona, Rafael Figueró, 1701, 24 pp.

la figura del monarca era el tema principal, asociada en ocasiones con santos y mártires, en esta ocasión el tema central era san Olaguer, quedando también asociada la pareja real a la celebración. Lo sagrado y lo profano, la monarquía y la religión se presentaban perfectamente unidas a los ojos de todos.

La ciudad volvió a adornarse para el gran acontecimiento con múltiples arquitecturas y decoraciones. Si el arte, aunque efímero, contribuía al esplendor de la fiesta, también la literatura se vinculó al acontecimiento. El Consell de Cent ofreció diversos premios, consistentes en objetos de plata a las mejores composiciones poéticas en latín, castellano y catalán<sup>86</sup>. También se dieron premios a los jeroglíficos más ingeniosos, el primer premio lo ganó el noble D. Joan Baptista de Tapiés y de Solá, doctor en ambos derechos, con una complicada composición en que el motivo central era el cuerpo incorrupto de san Olaguer, pero en la que también aparecían los soberanos, que como tantos otros barceloneses y catalanes visitaron la urna del santo: «y por eso en figura del Sol y de la Luna la asistían a los lados. El Sol, imagen muy propia del Rey nuestro Señor, como Presidente de los mayores astros, con el mote *Gubernat*, por haber legítimamente sucedido en el peso del gobierno de esta su dilatada Monarquía. Y la Luna, expresa imagen de la Reina nuestra Señora, por lo que con sus plateados esplendores ilustra, alegra y hermosea la mayor circunferencia del Orbe, con el mote *Decorat*»<sup>87</sup>. También en este caso se utilizaban las tres lenguas, latín, catalán y castellano. El segundo premio lo ganó una tarja realizada por un maestro de escribir y contar.

Las fiestas en honor de san Olaguer y en honor de los reyes comenzaron el día 12 por la tarde con el canto de vísperas y maitines en la catedral. La fiesta principal tuvo lugar el domingo día 13. Por la mañana el obispo de Barcelona celebró en la catedral los divinos oficios con toda solemnidad y con gran asistencia de fieles. En la ceremonia religiosa destacó la música, cantada a cinco coros, con gran acompañamiento de instrumentos. La letra de los tres villancicos compuestos para la ocasión también asociaba al santo y a los regios esposos<sup>88</sup>. El sermón estuvo a cargo del padre maestro fr. Raimundo Costa, de la Orden de Predicadores, que una vez más asoció la traslación del cuerpo del santo con la presencia de los reyes en Barcelona<sup>89</sup>. La imagen central del discurso era el sol, con el que el predicador identificaba tanto al santo como al rey.

Por la tarde del mismo día 13 se realizó la gran procesión, que tuvo una organización similar a la tradicional procesión de Corpus. Igual que sucedía con la entrada real, que representaba el encuentro del rey con la ciudad, la

86. *Festivas demostraciones*, pp. 180-188.

87. *Festivas demostraciones*, pp. 188-191.

88. *Festivas demostraciones*, pp. 191-193. *Devotos, obsequiosos cultos*, pp. 214-220.

89. *Devotos, obsequiosos cultos*, p. 221. Añadido al final el texto de la oración panegírica: *Salutación... Vid. también COSTA, Raimundo: Oración panegyrica en acción de gracias a Dios uno en la trinidad de sus divinas personas, por el acertado llamamiento, feliz venida, y gloriosa exaltación de el Rey Nuestro Señor Felipe V de Castilla y IV de Aragón*. Barcelona, s.i., 1701, 48 pp.

procesión buscaba no sólo celebrar un acto religioso, sino también mostrar en un simbólico desfile los diversos estamentos de la sociedad ciudadana, convenientemente jerarquizados. Abrían la comitiva timbales, gigantes, dragones y la famosa «mulassa». Detrás, un sacristán de la catedral, vestido de diácono, montado a caballo, portaba la bandera de santa Eulalia. Seguían las hileras de los numerosos gremios de la ciudad, cada uno con su estandarte. A continuación, los sacristanes y monaguillos de la catedral y de todas las parroquias y órdenes religiosas, con sus respectivas cruces, muy adornadas. Después, por orden de antigüedad, el numerosísimo clero de las siete parroquias y de los monasterios y conventos, cerrando las hileras de cada grupo iban los tabernáculos, en los que figuraban imágenes sagradas, rivalizando en ornamentación, pues el Consell de Cent había ofrecido premios a los mejor adornados. Seguía un pendón con la imagen del santo, y detrás los curas de todo el obispado barcelonés. Después, los monaguillos de la catedral con veinticuatro antorchas de luz y un coro integrado por la capilla de la catedral. A continuación el conde de Palma, virrey de Cataluña, llevando un estandarte del santo, y a su lado, sosteniendo los cordones, los marqueses de Castel Rodrigo y de Valero, encabezaban un gran grupo compuesto por la nobleza de la corte y del país. Al final desfilaba el cabildo catedralicio, portando una urna de plata y cristal con el cuerpo incorrupto del santo, bajo palio, cuyas seis varas portaban los seis consellers de la ciudad de Barcelona. Cerraba la procesión el obispo revestido de pontifical, con sus asistentes.

El recorrido comenzó en la catedral, saliendo por la puerta principal, pasó por delante del palacio episcopal, se dirigió a la plaza de san Jaime, después a la plaza san Francisco, luego al palacio real, regresando después por la calle Montcada, Bòria, plaza del Rey, hasta la catedral, entrando por una puerta lateral. Los reyes contemplaron el paso de la procesión desde el palacio:

«Al llegar delante del palacio real, salieron Sus Majestades a un balcón de él, y con mucho cuidado estuvieron mirando tan lucida procesión, y así como iban pasando todos los Tabernáculos hacían su pausa enfrente del balcón, para que Sus Majestades viesen de propósito lo primoroso de sus adornos y al que llegó el Tabernáculo en que iba el Santo Cuerpo, también se detuvo de propósito para que Sus Majestades vieran su admirable entereza, que entre lo transparente de los cristales se ostentaba tan prodigiosa como se conserva. Cantáronse también al mismo tiempo alegres y suaves motetes, para que juntamente tuviera sí la piedad fervor, el oído recreo. Hizo salva real toda la artillería, publicando a rayos y estruendos del marcial artificio, la grandeza de un Santo tan prodigioso»<sup>90</sup>.

Todo el itinerario se hallaba decorado con imaginativos altares, a cargo de diferentes órdenes religiosas, colegios y gremios y otras instituciones. En la plaza de san Jaime levantaron los trinitarios un obelisco profusamente ilumina-

90. *Festivas demostraciones*, pp. 253-254.

do, con la imagen de san Olaguer en acto de bendecir a los reyes. En la plaza de la Ciudad el colegio de notarios públicos de Barcelona edificó tres arcos que enmarcaban diversas figuras: presidía san Olaguer, acompañado de varias santas de especial devoción para los barceloneses, santa Eulalia, santa Madrona y santa María de Cervelló, y de la imprescindible figura de Felipe V. En la plaza de Regomir fueron los mínimos los encargados de erigir una pirámide, donde presidía la Virgen de la Victoria, asistida por san Olaguer y el santo fundador de la orden, rodeados de ángeles. Los carmelitas descalzos adornaron la calle Ample con un altar dedicado al santo en cuyo honor se celebraba la fiesta, decorado con espejos, que multiplicaban el efecto de las luces. Los mercedarios idearon junto a la iglesia de la Merced un hermoso jardín en cuyo centro se hallaba un altar compuesto de gradas y arcos, con las figuras de san Olaguer y de la Virgen de la Merced. Los franciscanos en la plaza de San Francisco, sobre un monte lleno de flores y luces, levantaron un altar en honor de san Olaguer, con otras figuras, algunas representando escenas de la vida del santo, como su consagración episcopal. El gremio de torcedores de seda y el de pasamaneros convirtieron la torre de una fuente que había en la plaza del Angel en un monte que simulaba el de Montjuic, imitando al pie un gran mar entre dos orillas, a un lado la ciudad de Mallorca, a otro la ciudad de Barcelona, con una nave que navegaba de una a otra orilla, simbolizando la navegación prodigiosa de otro santo catalán, san Raymon de Penyafort. Lo ingenioso de la idea y de la realización causó gran admiración.

En los alrededores del palacio real la ornamentación era especialmente importante. La casa del gremio de calceteros, situada frente a la Lonja, adornaba su fachada con una representación en cuyo centro figuraba una urna con el cuerpo de san Olaguer, flanqueada por dos ángeles y por el retrato de dos monarcas, el presente, Felipe V, y el pasado, el difunto Carlos II. Entre la iglesia de san Sebastián y la Lonja los religiosos servitas del Buen Suceso erigieron un altar dedicado a la Virgen de los Dolores, rodeada de ángeles. Delante de los balcones de palacio, junto a la Aduana, se levantaba el altar de los clérigos menores, que se esmeraron para hacer honor al lugar, contemplado por los monarcas. El pavimento simulaba un jardín de mirto, dividido en cuatro espacios; en dos de ellos estaban representadas las armas reales y en los otros dos, las de la Diputació del General y las del Consell de Cent. En el jardín, lleno de flores y pájaros, había dos fuentes con sendas grutas y en cada una una pirámide decorada con geroglíficos, la de la derecha, con un motivo religioso, el sacrificio de Isaac, y la de la izquierda, político, el sol naciente. Este altar obtuvo el primer premio del Consell de Cent. También cerca de palacio, frente a la capilla de Montserrat, fueron los agustinos los que colocaron un altar muy adornado, presidido por san Agustín, con san Olaguer arrodillado a sus pies, recibiendo como canónigo la regla agustiniana. Tenía este altar la particularidad de ser móvil, de manera que la figura de san Olaguer aparecía representada de maneras diversas en los momentos más significativos de su vida. El conjunto se completaba con figuras de ángeles y virtudes.

Los clérigos reglares, consagrados al cuidado de los enfermos, por lo que se les llamaba los agonizantes, se ocuparon del altar de la calle de Montcada, junto a la capilla de Marcús, dedicado a la Virgen de los Dolores, también con una imagen de san Olaguer. Los capuchinos hicieron su altar en la calle de la Bòria, con san Olaguer, rodeado de ángeles, uno de ellos montado sobre un león, simbolizando el dominio que el santo había logrado sobre la fiera de las pasiones. Acompañaban al santo homenajeados los dos santos principales de la orden capuchina, san Francisco de Asís y san Antonio de Padua, y la pareja real, Felipe y María Luisa Gabriela. La pobreza capuchina se abandonó por una vez para dar al adorno el mayor esplendor. Los dominicos tenían asignado el altar de la plaza de la lana. El poder de la orden se manifestó en el rasgo de no conformarse con meras apariencias y hacer el altar de plata auténtica. Siguiendo la pauta general, un grupo de santos dominicos acompañaban al imprescindible san Olaguer. Los agustinos recoletos también levantaron su altar en la Bòria. En lo alto se representaba el cielo y allí san Olaguer sentado en un trono y a su lado dos niños. Bajo la figura del santo se hallaba un retrato del rey. Los trinitarios descalzos, igualmente en la Bòria, mostraban en su altar a san Olaguer, como obispo, bendiciendo al pueblo. Los jesuitas pusieron su altar en la esquina de la plaza del Angel. En el primer nivel san Olaguer estaba custodiado por dos figuras armadas, en traje antiguo. En el nivel superior de nuevo aparecía el santo, ricamente vestido de obispo y a cada lado, arrodillados venerándolo, el rey y la reina. Sobre ellos unos angelitos representaban la deseada descendencia regia. En otros lugares del decorado había dos escenas de la vida del santo. San Olaguer a los pies del papa Calixto II, con el conde de Barcelona Ramon Berenguer III seguido de gente armada, significando las luchas del conde contra los moros, para las que obtuvo del papa el santo la indulgencia de Cruzada. San Olaguer dando una mano a Alonso de Castilla y otra a Ramiro de Aragón, aludiendo a la paz que el prelado hizo entre ambos monarcas. El folleto explicativo que los jesuitas hicieron comentaba así el simbolismo profundo de estas dos escenas: «En estos dos emblemas históricos se simbolizan las hazañas de nuestro Católico Rey y Señor Felipe V en el buen anuncio de que no han de terminar hasta haber arrojado del mundo la Luna Sarracena: *Donec auferatur Luna*, y la estrecha amistad y alianza de las dos naciones española y francesa, que sólo este Augustísimo Monarca pudo recabar, haciendo de las dos una para su Real servicio y gloria, *Fecit ultra que unum*»<sup>91</sup>. En lo alto de la perspectiva se asociaba la Compañía, representada en el lema IESUS, con la monarquía borbónica, nuevamente representada en un retrato de Felipe V, vestido en traje de corte, con dos angelitos que sostenían una corona de laurel. Numerosas poesías latinas y castellanas, en elogio del santo y de los reyes, completaban el conjunto.

En la misma plaza, la pirámide del Angel y de santa Eulalia y la fachada de la casa del gremio de sastres mostraban la misma decoración que se había

91. Citado en *Devotos, obsequiosos cultos*, p. 243.

utilizado en la entrada real. En la bajada de la cárcel, frente a la plaza del Rey, puso su altar el gremio de cereros, imitando unos arcos en medio de un jardín con árboles, plantas, flores y frutas y en lo alto san Olaguer sentado en un trono. Todo estaba hecho en cera y causaba admiración su resistencia, a pesar de las numerosas luces y el calor que desprendían. En la plaza del Rey construyeron los carmelitas una capilla con la imagen de la Virgen del Carmen, adornada de flores de seda y luces, en la que tampoco faltaban los retratos del rey y la reina. En el espacio existente entre el palacio y la capilla real de santa Águeda, los escribanos reales levantaron una gran perspectiva arquitectónica en la que se representaban tres escenas de la vida de san Olaguer, en una aparecía revestido de pontifical, en otra repartiendo limosnas a los pobres, y en otra echando al mar la llave de su celda. Completaban el conjunto cuatro estatuas simbolizando las virtudes, fe, esperanza, caridad y liberalidad y unas tarjas sostenidas por angelitos en que se proclamaban los cuatro actos más solemnes de la estancia real en Barcelona, «la posesión de la cobertura de sus Consellers, el juramento en el llano de San Francisco, en el sacramento y homenaje de la Sala Real, y en la abertura de las Cortes», actos políticos todos ellos<sup>92</sup>. La glorificación de la monarquía culminaba en la parte superior del decorado:

«En el cuerpo del medio del segundo andamio, sobre las bóvedas y arcos del nicho de San Olaguer estaba un Globo, que representaba a la Grandeza de nuestro Monarca, por ser Señor de tanta parte de las cuatro del Mundo, y por esto se coronaba del Sol y se veía sobre el Globo el retrato del Rey nuestro Señor a caballo y de gala y con un cetro en la mano y se coronaba el retrato de una concha, sumamente vistosa, a cuyos lados estaban dos famas, con palmas y coronas en sus manos, puestas sus miras al Rey nuestro Señor, y a Levante y Poniente, con el lema: *Semper Laudabilis*.

Sobre el retrato de su Majestad se descubría un Sol con sus rayos, que le servía de diadema y entre los rayos se veían la Virtud de la Prudencia, y de la Justicia. Coronaba el cuerpo de la derecha del primer andamio un pedestal, que mantenía una pirámide tan adornada, que se hacía muy vistosa, y en la cima estaba un Globo con un León, y sobre ambos había otra estatua, que representaba la virtud de la Fortaleza, con el lema *Ubique Leo*. El cuerpo de la izquierda hacía en todo hermosa consonancia y correspondencia al de la derecha, y se diferenciaba en representar la estatua, que estaba encima del León y del Globo, la Virtud de la Templanza, con la inscripción adaptada: *Protinus ira minor*<sup>93</sup>.

En la calle de la Frenería el altar de los clérigos regulares de san Gaetano establecía igualmente la asociación de la esfera religiosa, representada por la Virgen, san Olaguer y otros santos, con la esfera política, representada por un retrato del rey, muy admirado por su gran parecido. El colegio de notarios

92. *Devotos, obsequiosos cultos*, p. 261.

93. *Devotos, obsequiosos cultos*, pp. 261-262.



públicos cerraba el adorno del itinerario procesional con un altar frente a la puerta lateral de la catedral, conmemorando la ocasión en que san Olaguer presidió como arzobispo de Tarragona el brazo eclesiástico de unas cortes convocadas por el conde Ramón Berenguer III, en clara alusión a las cortes entonces en curso, convocadas por Felipe V, cuyo retrato figuraba también en la decoración, rodeado de ángeles y virtudes.

El entusiasmo de los encargados del adorno, órdenes religiosas y gremios, era indicativo de la disposición cada vez más favorable de los catalanes hacia los reyes, una vez superados algunos recelos iniciales: «esparcidas algunas melancolías del cor que no faltaren a vistas del nou govern», como indicaba el cronista de santa Catalina<sup>94</sup>. Las autoridades eran las primeras en dar ejemplo. Para animar las iniciativas, tal como se había hecho el día de la entrada real, el Consell de Cent premió los mejores adornos de la procesión y del itinerario:

«Lo premi de la creu més ben adornada (que és 29 lliures) se deu donar a la del convent del pare Sant Francesch de la present Ciutat. Lo premi de millor tabernacle (que son 40 lliuras) a la reverent comunitat de Sant Pere de las Puelles de la present Ciutat. Lo premi de millor altar, que són 50 lliuras, a l'altar dels religiosos clérigos menors, que fou construit devant la Duana de la present Ciutat, y últimament lo premi de millor frontespici se deu donar (que són 15 lliures) a la casa de la confrería dels Pallers, constuida devant la iglesia de San Sebastia de la present Ciutat»<sup>95</sup>.

El segundo día la celebración consistió en los divinos oficios, a los que asistió la Diputació del General, a cuyo cargo corrían los festejos de esa jornada. Hubo gran acompañamiento musical, compuesto para la ocasión. El sermón se encargó al Doctor Josep Romaguera, un gran personaje de la iglesia catalana, que reunía numerosos cargos y honores, canónigo penitenciario de la catedral, vicario general del obispo, catedrático de Prima de Cánones de la Universidad y entonces abogado del estamento eclesiástico en las cortes, pero una enfermedad le impidió predicar el día previsto, por lo que hubo de ser sustituido en el púlpito por el padre Francisco Mora de la Compañía de Jesús. El sermón de Romaguera, que ya estaba escrito, se publicó<sup>96</sup>. El tercer día, a expensas de la Lonja del Mar, los oficios igualmente solemnes contaron con la

94. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 110.

95. *Manual de Novells Ardits*, XXIII, p. 367.

96. *Panegírico de la magestuosa traslación del admirable cuerpo de San Olaguer, hijo, canónigo, obispo y patrón de la Ciudad de Barcelona, y arzobispo de Tarragona, de su antigua Capilla de la Santa Iglesia de esta Ciudad, a otra de la misma Iglesia nuevamente construida. Con la circunstancia de hallarse favorecida con la real presencia de sus Magestades (que Dios prospere y guarde). En el día segundo de tan ostentosa solemnidad, que celebró el muy Ilustre y Fidelísimo Consistorio de los Deputados y Oydores de Cuentas de este Principado. Hecho por el muy ilustre Señor D. Joseph Romaguera, canónigo penitenciario de la misma Iglesia.* Barcelona, s.i., 1701, 20 pp.

asistencia de los miembros de la Lonja y del Consell de Cent. También hubo estreno musical y el sermón corrió a cargo de fr. Josep Lleonart, de la orden de predicadores.

El último día de las fiestas en honor de san Olaguer, el 16 de noviembre, se dedicó a la traslación del cuerpo incorrupto del santo a su nueva capilla. Aquella mañana la solemnidad religiosa se vio incrementada por la presencia de los reyes en la catedral para venerar al santo. Felipe V y María Luisa Gabriela y su séquito de cortesanos fueron recibidos en la puerta del templo por el obispo y el cabildo. Acto seguido en el altar mayor se cantó un *Te Deum* y el prelado dio la bendición. Después los monarcas oyeron misa en el mismo altar, en que estaba depositada transitoriamente la urna con el cuerpo del Santo. Acabada la misa, los reyes contemplaron de cerca el cuerpo incorrupto y luego bajaron a la cripta para orar ante santa Eulalia. Tras la marcha de los reyes se celebraron los oficios solemnes, igualmente con estreno de composiciones musicales. Predicó en esta ocasión fr. Juan Manrique, un monje benedictino que ostentaba importantes cargos en la Congregación de Valladolid. Por la tarde se efectuó la traslación del cuerpo del santo y concluyeron así las festividades de san Olaguer.

Todos habían rivalizado en honrar al santo catalán y, de paso, a Felipe V, en una significativa simbiosis político-religiosa. Nada era casual ni gratuito. En esta ocasión se manifestó sobre todo la inmensa influencia de la iglesia en la sociedad de la época y sobresalió el poderío de las órdenes religiosas. Aunque en aquel tiempo a las celebraciones religiosas se les concedía siempre una gran importancia, la voluntad de hacer coincidir la traslación del cuerpo de san Olaguer con la estancia de los reyes en Barcelona y el esplendor que tuvieron todos los festejos y ceremonias resultan reveladores una vez más de la trascendencia que se concedía a la presencia de Don Felipe y del esfuerzo que hicieron por complacerle y agasajarle los catalanes, al menos una notable parte de los catalanes, y entre ellos todas las autoridades e instituciones, sin excepción.

## 10. FIESTAS Y DIVERSIONES

Durante la estancia regia las fiestas fueron continuas. La ciudad, muy poco acostumbrada a contar con la presencia de los monarcas, cambió su rutina en aquellos meses. Todas las instituciones y grupos sociales rivalizaban por obsequiar a los reyes. Uno de los primeros obsequios organizados tras la llegada a Barcelona de María Luisa Gabriela fue el desfile de la Universidad Literaria, organizado para la noche del 12 de noviembre. Después de los graves conflictos surgidos entre tomistas y suaristas, a raíz de la provisión de cátedras, la presencia de Felipe V suscitó expectativas positivas sobre la posibilidad de llegar a un arreglo satisfactorio, y una buena prueba es la voluntad de participa-

ción en los festejos en honor de la real pareja, manifestada por todos los estamentos universitarios, del rector a los estudiantes<sup>97</sup>.

La fiesta consistía en una comitiva formada por los alumnos a caballo, cada uno con un hacha de iluminación. Al final iba una carroza, pagada por el Consell de Cent, y era tan grande que tuvo problemas para pasar por determinados lugares bajos y estrechos del recorrido.<sup>98</sup> En lo alto del carro triunfal, en un trono, el dios Jupiter, en las gradas diversos dioses mitológicos, Cupido, Venus, Apolo, Juno, Marte, Minerva, Mercurio, Diana, representados por alumnos de la clase de retórica, convenientemente disfrazados. Seguían detrás, en doble hilera, los graduados de los cuatro colegios, sobre mulas enjaezadas de negro, con las insignias y todos con hachas. Cerrando la marcha, por indisposición del rector, iba el vicerrector, el doctor Salvador Rovira, portando un pendón con la imagen de san Olaguer y asociando de esa manera el desfile universitario a las fiestas en honor del santo, celebradas en las mismas fechas. Acompañaban a la comitiva músicos con instrumentos militares y chirimías. Y repartían entre el público versos en honor de los reyes y dulces.

Al llegar el desfile bajo el balcón de palacio, donde estaba previsto que se hallaran los reyes contemplando el festejo, había de interpretarse una pequeña pieza musical en verso, en que Jupiter y los diversos dioses de la carroza dedicaban grandes alabanzas al matrimonio real: «Regios amantes que en fecundo lazo,/ a España auguran inmortal grandeza»<sup>99</sup>. Pero los problemas con la carroza retrasaron mucho la marcha y en lugar de llegar a las nueve, llegaron a las once, cuando los reyes ya se habían retirado, con gran disgusto de organizadores y participantes. Para complacerlos, el Rey rogó que se repitiera el festejo al día siguiente, como así se hizo<sup>100</sup>.

También por las mismas fechas, el día 14 de noviembre por la tarde, se celebró en honor de los reyes una gran fiesta, ofrecida y pagada una vez más por la Diputació del General, teniendo en esta ocasión la nobleza catalana el protagonismo principal, era un torneo a pie, organizado por la cofradía de san Jorge<sup>101</sup>. Para ello se eligió un mantenedor y ocho combatientes, se publicaron las reglas del torneo, se fijaron los premios, consistentes en valiosas joyas, y se designó un jurado femenino, compuesto de seis damas, dos viudas —Doña Antonia de Magarola y Senmenat y Doña Margarita Ramona y de Magarola—, dos casadas —Doña Manuela de Bach y de Oms y Doña Ignacia de Magarola y de Amigant— y dos doncellas —Doña María de Clariana y Gualbes y Doña María de Farnés y de Marimón—, asesoradas por caballeros expertos en el

97. *Diálogo o romance, en que se pondera el motivo que tiene la Universidad Literaria de Barcelona por consagrar este obsequio al gran monarca de las Españas Felipe V*. Barcelona, Francisco Guasch, 1701, 2 hs.

98. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 104.

99. *Devotos, obsequiosos cultos*, pp. 170-189 y *Festivas demostraciones*, pp. 163-179.

100. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 105.

101. Sobre la cofradía de Sant Jordi en la Cataluña moderna *vid.* DURÁN i SANPERE, Agustí: «L'estament militar: Els cavallers i la cavalleria» en *Barcelona i la seva història*. Barcelona, Curial, 1973, pp. 171-259.

arte del torneo. El lugar elegido para la fiesta fue el salón del Tinell, decorado para la ocasión.

La fiesta comenzó con un baile. Después se efectuó el torneo. Primero los dos maestros de campo, D. Joan de Llupiá y de Agulló, Gobernador de Cataluña, y D. Bernat de Aymeric y Cruilles saludaron a los monarcas y presentaron al mantenedor, el marqués de Rubí, acompañado de cuatro padrinos, el marqués de Coscojuela, D. Francesc Junyent y Marimón, D. Francesc de Sayol y Quarteroni y D. Carles Fivaller y Torres. En el torneo participaron ocho combatientes, D. Francesc de Junyent y de Vergós, D. Antonio de Peguera y Aymeric, D. Miguel Pons de Mendoza, el conde de Zavellá, el barón de Orcau, D. Josep Clariana y Gualbes, el conde de Robles y marqués de Vilanant, y por último, D. Antonio de Armengol, barón de Rocafort, cada uno con sus respectivos padrinos<sup>102</sup>. Todos iban ricamente vestidos y armados. Al final del torneo las damas que actuaban como jueces concedieron los premios. El primer premio de mejor pica fue para el mantenedor, el marqués de Rubí. La distribución de premios se completó con el regalo de cincuenta docenas de pares de guantes entre todos los asistentes. Al mismo tiempo se ofreció una espléndida merienda, con toda clase de aguas heladas y dulces, que costaron la importante cantidad de 1500 libras, pagadas también por la Diputació del General. La fiesta terminó como había empezado, con un gran baile. Los reyes se retiraron a las once de la noche, pero el baile estaba tan animado que se prolongó hasta las ocho de la mañana del día siguiente<sup>103</sup>.

Si los reyes habían manifestado su satisfacción por el torneo, también quedaron muy complacidos, especialmente María Luisa Gabriela, por otro festejo, celebrado dos días después, el 16 de noviembre, y protagonizado igualmente por la nobleza, la danza llamada Momería, un baile tradicional catalán, que sólo se ejecutaba en las fiestas reales: «Consiste tan festivo y ostentoso alarde en un baile de bailes, pues se compone ingeniosamente de los más primorosos, graves, nobles y bulliciosos, que la destreza y habilidad de los más expertos en esta entretenida profesión saben idear y componer»<sup>104</sup>.

El baile se realizaba por parejas, organizadas en cuatro cuadrillas, en esta ocasión se eligieron doce parejas, formadas por doce damas, seis casadas —la condesa de Salterra, Doña Francesca de Marimón y de Velasco, Doña Isabel de Llupiá y de Velasco, Doña María de Rocabertí y Llupiá, la Condesa de Centelles y Doña Mariana de Llupiá y Gelabert— y seis doncellas —Doña María de Reart y Xammar, Doña Peronella de Llupiá y Roger, Doña Cayetana de Oms

102. Resultaría muy interesante seguir la trayectoria de todos estos personajes, como de los demás citados en este trabajo, en los años siguientes. Baste con buscar en las útiles listas de austracistas y filipistas destacados, que al final de su libro *Els catalans i Felip V...*, proporciona J. Albareda, pp. 335-339. Por ejemplo, el marqués de Rubí, mantenedor del torneo, se inclinaría pocos años después por la causa del Archiduque.

103. E. Mas: «Diari», fol. 104.

104. *Festivas demostraciones*, p. 337.

y Sarriera, Doña Francesca Descatllar y Bach, Doña Francesca Meca y de Cardona, y Doña Eulàlia de Bournonville y Eril—, y sus «momos», doce caballeros, seis casados —D. Antoni de Oms y Santa Pau, de la llave dorada, y capitán de las guardias de Cataluña, D. Salvador de Tamarit y de Vilanova, el conde de Zavellà, el conde de Salterra, D. Joan de Llupià y de Agulló, gobernador de Cataluña, y el conde de Robres y marqués de Villanant—, emparejados con las doncellas, y seis solteros —D. Antoni de Sarriera y de Rocabertí, D. Miquel Pons de Mendoza, caballero del hábito de san Juan, D. Francesc de Junyent y de Vergós, el barón de Orcau, el marqués de Rubí y D. Joan de Pinós, caballero del hábito de san Juan—, emparejados con las damas casadas.

A la espectacularidad del baile contribuían poderosamente las galas lucidas por los ejecutantes. Los colores de las damas doncellas y sus momos era encarnado y plata y los de las damas casadas y sus momos, azul y plata. Baste como ejemplo de la suntuosidad del festejo la descripción de la vestimenta de las doncellas:

«Componiase su gala de rico restaño de plata, y encarnado; en cuyo justillo y mangas brillaban diferentes líneas de puntas de plata crespadas al aire; con su petiillo, todo de diamantes, de cuyos fondos centelleaban agudos reflejos. Las mangas a la moda, con sus bollos y contramangas, todos hermoseedos de crespadas puntas melinas, con sus vueltas de las mismas y sus ricos guantes. La vasquiña, sobre su rico corte con dos líneas de puntas grandes de plata crespadas al aire, señoreaba ricamente grave. El manto era de glasa brillante, guarnecido de finas puntas blancas al aire, prendido le llevaban con una rica joya de diamantes sobre el hombro derecho, y dando una airosa vuelta, venía a quedar prendida su extremidad al lado izquierdo con otra joya de diamantes; con un estoque de guardamano dorado, pendiente de una rica cinta.

Coronaba un precioso tocado a la indiana tan soberano adorno, cuya composición era un rico círculo con labores de diamantes, del cual subían bellas plumas blancas y encarnadas entrepuestas, que eran lisonja del aire con el primoroso garbo con que se movían al brío de la belleza que las animaba. en medio del círculo brotaba una señalada joya de diamantes, de la cual colgaba una bella perla hasta la mitad de la frente. El dorado cabello, que emulando del sol los rayos enriquecía el aire con sus brillantes rizos, compuesto a la moda, entre preciosas cintas, dejaba lugar para que relucieran los ricos sartillos de diamantes, que se desprendían de sus orejas. Encubría lo admirable de su belleza una negra mascarilla...»<sup>105</sup>.

La Momería se celebró, como el torneo, en el salón del Tinell, en presencia de los reyes. Acabada la danza, los reyes y todos los concurrentes fueron obsequiados con otra espléndida merienda igualmente pagada por la Diputació del General. Tanto agradó a la reina la danza de la momería, que hizo que la princesa de los Ursinos rogara a los nobles danzarines que la acompañaran al día siguiente en su visita al monasterio de Pedralbes, para repetir allí el baile.

105. *Festivas demostraciones*, p. 341. *Vid.* también E. Mas: «Diari», fol. 105.

Muchas otras fiestas se celebraron durante la estancia regia. Espléndida fue la fiesta ofrecida al rey por el conde de Lemos en las galeras napolitanas que habían acompañado a la reina en una parte de su viaje. Los bailes de la nobleza fueron numerosos. Especialmente animados fueron aquel año los Carnavales, con profusión de máscaras y disfraces. El lunes de Carnaval, 27 de febrero de 1702, los reyes fueron a pasear por la Rambla para contemplar la rua<sup>106</sup>.

Las diversiones y entretenimientos habituales eran la caza y los paseos. Felipe V tenía gran afición a cazar y el Consell de Cent mandó formar un bosque artificial junto al palacio real, para facilitarle sus ejercicios cinegéticos, que tenían más de matanza que de otra cosa. Allí soltaban toda clase de animales, pájaros, palomas, perdices, conejos, ciervos, gamos, jabalíes, y el rey se entretenía en dispararles, al parecer con enorme éxito por los cientos de animales que mató durante su estancia en Barcelona. Por ejemplo, el 18 de octubre cazó 70 palomos, 6 perdices, 2 ciervos y 3 gamos, el 19 de octubre 130 palomos, 18 conejos, 4 perdices, 2 ciervos, 2 gamos y un gato. En alguna ocasión el monarca se trasladaba a algún otro paraje cercano para variar el escenario cinegético:

«En quant als divertiments del Rey, es de saber que casi tots los días desde el día 3 de octubre [...] no ha dexat a las tardas lo divertiment de matar tota la cassa que se li posà devant, previnguda. Y es de saber primerament que esta Excma. Ciutat li preve tota y qualsevol casa que pot fer comprar y prevenir. Item es de notar y saber que dins l'Escola Militar, vulgarment Laucata, la Excelentissima ha fet compondrer un bosch (alçadas las parets un poch mes) de pins, petits y grossos, ab lo demás que es estat menester pera amagarse la cassa, cunills, llebres, daynas, etc. que portan allí ab la demás volateria de coloms y colomins, perdius, francolíns, etc. engabiada per la ocasió y divertiment de sa Magestat, cassador, y en companya dels més principals, lo Duch de Medina Sidonia y altres qui carregant las vuyt o deu escopetas que tenen de reten per al Rey quant a tirat, les hi donan; y es de advertir que la volateria, los que assiteixen a sa Magestat Cassador, la tiran al ayre, un poch axalada, pera que prenga al bol; als quadrupedos dexan fugir, pera quels puga tirar, ab balas o perdigons com es menester, de la qual cassa pochos coloms, etc i cunills etc. salvan la vida essent veritat que dins una hora de temps se ministran al cano de la real escopeta, sinquanta parells de coloms y altres tants animals de tota sort y casa. Es de saber que ni per actes publichs que aja fet ha dexat lo Rey lo cassar una hora a lo menos al día, com se experimenta en lo 12 de octubre en que después de haver assistit en son Solio Real, en la Iglesia de Sant Francesch y donat principi a las Corts, no per açó dexá de anar al arenal del fortí de Llevant a matar coloms, sens fer mes que arribar al Palacio, lligarse los cabells y dexar lo sombrero ab que havian assistit en Corts, y luego marxa a matar coloms como esta dit»<sup>107</sup>.

106. *Manual de Novells Ardits*, XXIV, p. 11.

107. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 92.

Felipe V, preocupado por consolidar en Cataluña su reinado y su dinastía, hizo un notable esfuerzo por atraerse a la nobleza de mil maneras. Además de los actos oficiales y de recibirla corporativamente varias veces en audiencia, asistió a fiestas como el torneo y la momería. Pero no se limitó a estas ocasiones extraordinarias, siguiendo los usos de la corte de Versalles, abrió su vida privada a la nobleza, que asistía a las comidas y cenas reales en público y que, incluso, se sentaba a la mesa con el monarca para jugar una partida de cartas:

«Los cavallers catalans (dias de joch señalats, more regio) acudian al palacio per lo que lo Rey es servit jugar de entreteniment ab ells, fent trauer taulas. Joga lo Rey ab ells, y ab los Grandes al joch de cartas si m'agrada y no me agrada, y mana sentar als que ab sa Mag. jugan; y ha manat a tots que qui guanye sen porte lo diner, y que solament puga donar als de la camara real fins a dos doblas. Los castellans grandes restan admirats del haver manat als dits jugadors sentarse, per esser cosa inusuada en España, y dihuen que ningun Rey de España ha fet cosa semblant ab sos Grandes. [...] Item es de saber que quant esdeve que la Reyna se alça y dexa de jugar per haver perdut lo diner, segons la lley del joch, luego se sol anar a mirar als demes jugadors de las altres taulas; y que alçantse tots los que jugan, luego los mana sentar y proseguir lo joch. La llanesa es gran de nostre Rey y Reyna, y los favors no menors<sup>108</sup>.

Los paseos eran otro de los entretenimientos comunes de la pareja real, con gran contento popular, que les contemplaba, les seguía y les aclamaba. Paseaban por las Ramblas y por las murallas, acompañados por un gran séquito de nobles. Era una política clara de acercamiento al pueblo, que tuvo sus consecuencias positivas. El cónsul francés en Barcelona escribía que la presencia de los Reyes:

«havia canviat el cor de molts. Es deixa veure tres o quatre cops al dia en el balcó, deixa entrar tothom al seu dinar i sopar, és molt devot i es confesa i combrega molt sovint... en resum, és afable amb tothom i ha rebut el jurament de tota la Provincia: noblesa, eclesiàstics, de la ciutat...»<sup>109</sup>.

Pero no todo eran diversiones, en la vida cotidiana de los reyes las devociones religiosas ocupaban un lugar importante. Con frecuencia oían misa y comulgaban. Sus capellanes habituales eran el padre confesor, el jesuita Guillermo Daubenton, y el patriarca de las Indias, que tenía, entre otras, la obligación de bendecir la mesa real. Debido a su proximidad a palacio los soberanos frecuentaban la iglesia de Santa María del Mar, pero también se dedicaban a visitar otras iglesias y conventos, juntos o por separado. Por ejemplo, el 21 de octubre, antes de la llegada de la reina, el rey, acompañado de la nobleza cortesana, visitó el convento capuchino de Santa Eulàlia de Sarrià,

108. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fols. 157 y 159-160.

109. Citado por ALBAREDA, J.: *Els catalans i Felip V...*, p. 91.

el día 11 de noviembre la reina visitó el convento de las monjas de Santa Clara, mientras el rey se entretenía cazando, los reyes juntos el día 17 de noviembre visitaron el real monasterio de Pedralbes, el 20 asistieron a vísperas en Santa María del Mar y el 15 de diciembre visitaron el convento de Monte Sión, donde les fue ofrecida una merienda y se entretuvieron hablando con una monja que sabía francés.<sup>110</sup> La Reina sola visitó la iglesia del convento de santa Catalina y la parroquia de Santa María del Pino<sup>111</sup>.

Cuando los reyes oraban en público, llamaba la atención su gran piedad y devoción. El fraile que escribía la crónica del convento de santa Catalina recogía numerosos datos sobre la religiosidad real. Felipe V muchas veces oía misa, incluso dos seguidas, y comulgaba. Como muestra de respeto y adoración permanecía todo el tiempo de rodillas, con un libro piadoso entre las manos<sup>112</sup>. Lo mismo hacía la Reina.

## 11. LA MARCHA

Felipe V llevaba más de medio año en Barcelona. Su estancia se había alargado por las cortes y después por diversos motivos, entre ellos la enfermedad de fiebres tercianas que padeció el soberano desde el 20 de diciembre<sup>113</sup>. Pero el problema principal era la evolución de los acontecimientos internacionales. El proyecto inicial del monarca era visitar los reinos de la Corona de Aragón para reunir cortes en cada uno de ellos, pero la situación en Italia obligó a cambiar los planes y marchar a Nápoles. Mucho se discutió sobre la conveniencia del viaje, sobre la necesidad de la presencia del rey en los dominios italianos, sobre la utilidad de ponerse personalmente al frente del ejército en una guerra inevitable, sobre los problemas políticos derivados de su ausencia de los reinos españoles peninsulares, sobre los problemas personales que le ocasionaría la separación de su amada y deseada esposa. Pero tras muchas reflexiones y consultas, se decidió que lo mejor era que Don Felipe fuese a Italia. Para ocuparse de los asuntos de gobierno durante su ausencia el rey dio plenos poderes al cardenal Portocarrero y «para asistir y consolar a sus reinos» quedaba la joven reina.

La partida se fijó para primeros de abril. Las autoridades del Principado y de la Ciudad acudieron a despedirle. Según Feliu de la Peña la despedida de los Comunes no tenía precedentes. Al fin de su estancia el rey y los catalanes parecían separarse en los mejores términos. La descripción que la documenta-

110. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 120-121.

111. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fols. 149-153.

112. Ms. 1007 Lumen Domus, III, fol. 89.

113. BACH, Iuan: *Sermón panegyrico gratulatorio en las fiestas solemnísimas, que a la Trinidad Beatísima en Acción de Gracias por el feliz y perfecto recobro de la salud de Nuestro Rey y Señor Felipe Quarto de Aragón y Quinto de Castilla (que Dios guarde) dedicó la Excelentísima Ciudad de Barcelona a 15 de enero de 1702*. Barcelona, Iuan Pablo Martí, 1702.



ción municipal hizo de la despedida, el día 5 de abril de 1702, resulta ilustrativa de la situación:

«En est dia, havent tingut noticia los excellentíssims senyors concellers de que sa magestat estava de partida y que s'embarcava o havia de embarcar ab un dels nou vaxells se troban en lo port de la present ciutat per anar en Itàlia, anaren a palàcio, després de haver obtinguda hora per medi del síndich de la present Ciutat, a las sinch de la tarda, acompanyats dels officials de la present Casa, Taula y Banch. Y al cap de poch rato isqué sa magestat y entraren per son ordre los senyors concellers, fent las degudes reverències, y lo senyor conceller en cap lo digué lo quant aprecio y estimació feya la present Ciutat a sa magestat en haver-la honrrada ab sa presència per tant llarch temps y axí mateix explicant-li lo quant viu sentiment tenia la present Ciutat de que Sa Magestat se partís de esta ciutat y que a la Ciutat sols li quedava lo encomanar-lo a Nostre Senyor Déu porque li donés próspero viatge y fortuna y que los concellers y Ciutat sempre estarían molt prompts als ordes de son rey y senyor. Y sa magestat los respongué que: «él se acordaría de la Ciudad». Y fent las degudas reverèncias, ab lo mateix acompanyament eran anats se'n tornaren en la present casa»<sup>114</sup>.

El sábado 8 de abril, Felipe V, tras despedirse de su esposa con mucho sentimiento, pues le costaba enormemente separarse de ella, dejó palacio y a las once de la mañana se embarcó en la nave capitana de la flota de nueve barcos que debía conducirle a Italia. A las cuatro de la tarde, con viento favorable, la flota emprendió la travesía. Muchas cosas quedaban irremediablemente atrás. Cuando Felipe regresara a Cataluña, en plena guerra, la situación sería completamente diferente.

La Reina María Luisa Gabriela también se hallaba a punto de dejar Barcelona, camino de Zaragoza y de Madrid. El mismo día de la partida de Don Felipe, el Consell de Cent fue a despedirse de la Reina y lo hizo en los mismos términos cordiales que días antes en la entrevista con el Rey, aunque el problema de los idiomas dificultara la comunicación:

«Dit die, los excel(lentíssims senyors concellers, a peu, veguers y massas altas, acompanyats dels officials de la present casa, anaren a palàcio, a besar la mà a sa magestat la reyna nostre senyora, y entrats dins en lo quarto de sa magestat, després de haver-se fetas las degudes revèrencies y cortesias, li digué lo senyor conceller en cap y explicà lo viu sentiment que la present Ciutat tenia y desconsuelo de la anada de sa magestat envés la volta de Itàlia, y que a la Ciutat sols li quedava lo offerir-se la present Ciutat al major servey de sa magestat, despedint-se també de sa magestat per anar-se'n lo dilluns. Al que respongué sa magestat alguna paraula que no.s pogué compèndrer, però se coneixia que eran en demostració de amor a la present Ciutat, y fent las degudes cortesias, se n'anaren y tornaren en la present casa»<sup>115</sup>.

114. *Manual de Novells Ardits*, XXIV, p. 17.

115. *Manual de Novells Ardits*, XXIV, p. 18.

El diez de abril de 1702, a las doce del mediodía, María Luisa Gabriela de Saboya dejaba Barcelona, la primera ciudad de sus reinos en que había residido, en la que había comenzado su andadura como esposa y como reina. Nunca volvería.

Aquel mismo día por la tarde el conde Palma juró su cargo de Virrey de Cataluña en la catedral. El Principado había perdido la presencia directa de sus reyes y nuevamente se encontraba en la situación habitual, en una relación a distancia, a través de intermediarios. Pero de momento las cosas parecieron seguir por los caminos previsibles. En los años inmediatos tanto las instituciones catalanas como el rey manifestaron su recíproca confianza.

El 27 de septiembre de 1702 la Diputació del General acordó obedecer a la reina, nombrada gobernadora general de los reinos de España, durante la ausencia del rey:

«... sas senyories votaren unànims y conformes y foran de sentir que podian y devian sas senyories, sens encontrar ab ninguna constitució ni altre dret de la Pàtria, obehir a la Reyna, nostra senyora, com a general governadora dels regenes de Espanya, per lo Rey, nostre Senyor, anomenada, en lo exercici de la jurisdicció voluntària y graciosa...»<sup>116</sup>.

El 7 de junio de 1704 era el rey el que proclamaba su confianza en la fidelidad de los catalanes, dirigiéndose, desde Italia, a la Diputació del General y al brazo militar para que defendieran la ciudad frente a sus enemigos:

«Muy ilustres, fieles, egregios, nobles, magníficos y amados nuestros. Habiendo puesto en mis manos el duque de Medina-Sidonia una carta de 30 del pasado, dando cuenta de haber arribado el príncipe de Darmstad a la vista de esa ciudad con la armada enemiga y que había empezado a hacer desembarcos para hostilizarla sin que mi justicia y el escarmiento de tan afortunados sucesos como los que Nuestro Señor va concediendo a mis armas hayan bastado a detener el furor de los enemigos, que por todas partes (aunque inútilmente) intentan oponerse, he querido manifestaros la gratitud que me deben vuestras leales expresiones y la confianza con que quedo de que en esta ocasión (como en todas) he de deber a vuestra fidelidad y amor la defensa de esa Ciudad y Principado, nunca más asegurada que ahora, que la he puesto solamente en el valor de esos naturales, motivo que tuve siempre muy presente para sacar mis tropas regladas de ese Principado, y así debo esperar que, correspondiendo a esta confianza, logren en su defensa toda la gloria que merece su fidelidad y mis enemigos el mayor escarmiento y desengaño»<sup>117</sup>.

Después, la historia giró bruscamente. El futuro de entendimiento que Felipe V y los catalanes parecían esperar en los días de la visita regia a Barcelona quedó sólo en una más de tantas expectativas incumplidas, se reveló como un futuro sin futuro.

116. *Manual de Novells Ardits*, XXIV, pp. 219-220.

117. *Manual de Novells Ardits*, XXIV, pp. 266-267.